

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 23 de LA MODA.

1872. — Tomo XL.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administración general y Redacción : Passage Saunier, número 4, en París.

AÑO 31. — N° 1,038.



LAS INUNDACIONES EN ITALIA. — Pisa. — Rompiente de los diques del Arno.

## SUMARIO.

Las inundaciones en Italia: grabados. — Literatura sanscrita. — La Exposición de Viena. — Exposición de Lyon: La distribución de recompensas: grabado. — Revista de París. — Poesías. — Las maniobras prusianas: grabados. — Batalla de sabios. — Bellas Artes: Exposición de las obras enviadas de Roma á la Escuela de Bellas Artes de París: grabados. — Cuentos de Hoffmann. — Nuevo ferrocarril aéreo para el transporte de viajeros del puente Morand al parque de la Tête-d'Or en Lyon: grabado. — Problemas de ajedrez: grabado.

## Las inundaciones en Italia.

En la segunda quincena de octubre ha habido en Italia inundaciones precedidas de huracanes y de aguaceros, que en ciertas localidades han ofrecido una gravedad suma. En la Lombardia los lagos crecieron de un modo espantoso. El lago Mayor, produjo una inundación enorme. En Pallenza, el agua llegó al nivel de las casas. El lago de Como, inundó también las partes bajas de la ciudad. El Adige y el Po, juntaron sus aguas con las de los lagos y han causado grandes destrozos por una parte en la Lombardia y por otra en el Véneto, particularmente en el territorio adyacente á la legación de Ferrara. Los daños en este último punto han sido inmensos. El territorio invadido por las aguas comprendía muchos centenares de kilómetros cuadrados. Muchos pueblos grandes y pequeños han sido sumergidos, muchas casas han quedado destruidas, y solo á costa de mil esfuerzos pudo salvarse Ostiglia, donde trabajaban sin cesar 4,000 hombres. Por fortuna el Po volvió á su cauce; pero ha dejado sus márgenes en tan malas condiciones, que los peligros pueden aparecer de nuevo de un instante á otro.

El Po tuvo en la Lombardia por cómplice principal, uno de sus afluentes, el Tesino, que bajando como un torrente del lago Mayor que atraviesa, aumentaba aquel río con un furor indescriptible. Las dos corrientes de agua rompieron muchos diques, entre otros el que protege á Casella y el de Grandisto. Todo el territorio de Casella se inundó y fué preciso emplear barcas para llegar al centro del pueblo. Mezzano, Mezzanino, Travana, Giera y Chiozzo, quedaron debajo de las aguas. Las casas de Borga, á orillas del Arno fueron evacuadas, porque podía temerse todo. Felizmente los soldados que acudieron á toda prisa, protegieron en aquellos sitios varios diques amenazados. Los alcaldes, los ciudadanos, todo el mundo trabajaba con celo por la salvación común, lo cual atenuó mucho las pérdidas que, sin embargo, son grandes, en la Lombardia como en otras provincias: el azote ha caído casi por todas partes en Italia.

En el Piamonte, se llevó el agua el puente del ferrocarril sobre el Gerinda y el servicio se interrumpió. El torrente Sangane, se llevó el puente del camino provincial. También la Liguria cuenta grandes males. La Liguria comprende esa deliciosa porción del litoral italiano sobre el Mediterráneo que va de Bordighera á Génova, donde se inauguró en 1871 el ferrocarril que llega á Niza. La línea de Niza ha tenido muchos destrozos. El arco central del puente de Zinola, cerca de Vado, se hundió el 18, y el pueblo de Albenga ha sido inundado. Uno de los dibujos de nuestro corresponsal pinta la invasión de sus aguas en este lugar de 5,000 almas, notable por sus muchas torres, algunas de ellas de construcción romana. Las torres tuvieron en su tiempo un objeto utilitario: eran para los habitantes de esos pequeños centros del litoral un refugio y un abrigo contra las rapiñas de los piratas de todos países que infestaban entonces el Mediterráneo.

Mas no perdamos de vista nuestro asunto.

El 18, se desencadenó sobre Savona un huracán fuertísimo, cuyos desastrosos efectos se hicieron sentir en las inmediaciones hasta Voltri, Celle y Albisola, donde se hundieron dos arcos del puente del ferrocarril, aislando en un instante á la Liguria de Génova, y por lo tanto, del resto de Italia. Además, todas las vías férreas que parten de Génova han sufrido daños, y en todas se ha suspendido momentáneamente el servicio. En la línea de Génova á Alejandria, muchos días tuvieron que detenerse los trenes de Novi, como se detenían en Savona sobre la línea de Liguria, y en Chiavari sobre la del litoral peninsular del Mediterráneo hasta Pisa. Aquí el Arno ha hecho grandes destrozos. No obstante los esfuerzos de los soldados para oponer obstáculo á las aguas en los muelles de la ciudad, el río creció tanto y ejerció tal presión, que todo cedió y el agua invadió la ciudad.

Esta dramática escena se ve representada en la primera página.

En tanto que el Arno que bajaba de los Apeninos corría así al Oeste sembrando el horror á su paso, el Tiber, que salía de los mismos montes, huía al Sur y amenazaba á la campiña de Roma. Sin embargo, la ciudad eterna no ha tenido averías; pero no ha suce-

dido lo mismo en sus inmediaciones. En Albano y en Frascati hubo alertas, y en algunos puntos seguidas de dramas. Por fortuna el Tiber se mostró clemente. Hoy, gracias al cielo, el peligro ha pasado.

Entre las escenas dramáticas á que han dado margen las inundaciones, señalaremos la que representa nuestra lámina. Tuvo efecto en la aldea de Scandicci, camino de Casellina á Torre. De pronto el torrente de Greve rompe sus diques y cae como el rayo sobre la aldea, invadiendo algunas casas. En una de ellas vivían varias familias que pudieron huir, excepto una muy numerosa, la de un pobre zapatero que hizo prodigiosos esfuerzos para salvarla. Acababa de llevar á dos de sus hijos á los pisos altos y venia á buscar á los otros dos y á su mujer enferma, cuando el agua elevándose repentinamente á la altura de dos metros le arrojó fuera y continuó subiendo. Al cabo de algunas horas el agua disminuyó y el pobre zapatero auxiliado por algunas personas pudo penetrar en su habitación, donde halló á su mujer tendida en la cama con un niño de la mano y otro sobre su seno; pero ¡ay! eran tres cadáveres.

L. C.

## Literatura sanscrita.

## EL RAMAYANA.

(Continuación. — Véase el número 1,035).

## VI.

Expuesto en nuestros anteriores artículos el contenido de la gran epopeya del Oriente Aryo, fuerza es, para dar por terminado nuestro trabajo, que examinemos los caracteres literarios del Ramayana, desentrañemos sus méritos, y uniendo de esta suerte la indagación crítica á la exposición histórica, consigamos dar cabal idea del admirable poema sanscrito cuyo estudio es, no solo en alto grado interesante para el erudito, sino por extremo seductor y agradable para el literato.

Nuestras anteriores consideraciones habrán bastado, sin duda, para que el lector penetre el profundo sentido, el trascendental significado del Ramayana.

No es este poema entretenida narración de hazañas mas ó menos extraordinarias y fabulosas, llevadas á cabo por un héroe invencible, acaso personificación legendaria del ideal histórico de un pueblo; lejos de eso, el carácter del Ramayana dista tanto de lo propiamente épico-heróico, que apenas es posible desentrañar la parte de realidad que encierran sus episodios. No es tampoco exposición poética de un ideal científico, teológico ó político desarrollado en artificiosa alegoría ó en descripción grandilocuente. Es algo mas que todo esto; es la completa, la cabal expresión de un ideal humano y de una historia también humana, con arreglo á este ideal realizada; es la manifestación poética, sintética y orgánica de toda una civilización; es á la vez leyenda heróica y poema teológico; es, en suma, una epopeya, la epopeya de los Aryas, la epopeya de la civilización india, cuya lucha contra civilizaciones inferiores pinta, cuya total vida, en la esfera de las ideas como en la de los hechos, en lo sagrado como en lo profano, en lo religioso como en lo heróico, en lo político como en lo familiar, retrata con admirable colorido, revelando á la vez la vida de la naturaleza en su íntima relación con el hombre y la vida del Ser infinito, en cuyo seno se representa el drama inmenso de la vida y de la historia; pues no hay que negar que se trata de una civilización panteísta, cuya expresión épica ha de participar del mismo carácter.

El Ramayana es una epopeya esencialmente simbólica, como la *Divina Comedia* es una epopeya alegórica. Es el simbolismo forma muy propia de la epopeya, acaso porque es la mejor manera de expresar de un modo sintético la realidad compleja que la epopeya representa. Aunque la claridad del ingenio griego se presta menos que el genio oriental á las formas indirectas de expresión, y por esta causa el simbolismo no es en la *Iliada* tan profundo y constante como en el poema sanscrito, no es posible negar que en la obra de Homero hay un fondo simbólico, suavizado sin duda por el carácter genuino del arte helénico.

Si la lucha entre Rama y Ravana simboliza la lucha entre dos ideales y dos civilizaciones: el ideal y la civilización de los Aryas, el ideal y civilización de las razas inferiores que poblaban la India; la lucha entre griegos y troyanos simboliza la lucha entre dos civilizaciones menos opuestas que las que á orillas del Ganges se libraron batalla: la civilización de los pueblos del Asia menor, de raza menos pura que la helénica, y la gran civilización griega, la mas ilustre, la mas culta, la mas humana de todas las ramas en que se dividió el gran tronco Aryo.

Pero este innegable simbolismo de la *Iliada* es mas superficial que el del Ramayana. El símbolo se oculta

bajo un hecho natural, concreto, perfectamente histórico, realizado por sujetos humanos y narrado con tales caracteres de verdad, de naturalidad y de sencillez, que solo á la severidad extrema del crítico ocurre poner en cuestión su realidad histórica.

Los personajes de la epopeya son, sin duda, creaciones legendarias, mitos heróicos, acaso espontáneamente nacidos de la imaginación popular, acaso formados sobre la base de un personaje histórico cuya realidad ha desaparecido bajo el pomposo follaje de la leyenda; pero en medio de todo esto, aquellos personajes son tan verdaderos, tan vivos y tan humanos, á pesar de su origen divino, que su individualidad ha permanecido inalterable á través de los siglos, y su popularidad es tan grande, que al crítico mas exigente cuesta trabajo negar la existencia del valeroso Aquiles, del prudente Ulises, del simpático Héctor, del venerable Priamo. Por último, si la *Iliada* es, como el Ramayana, un poema sagrado, si lo humano y lo divino en él se compenetran y estrechamente se relacionan, es lo cierto que el humanismo profundo del genio griego logra mantener íntegra la libertad de sus personajes, é inalterable el carácter humano é histórico de los hechos, de tal suerte, que la acción divina y la acción humana quedan en cierto modo independientes, siendo libres los héroes á pesar del destino, y humanos los hechos á pesar de la intervención de lo maravilloso; si de maravilloso y de divino puede hablarse en un pueblo que, invirtiendo la fórmula constante del panteísmo, en vez de disolver los seres en el ser, difundió el ser en los seres; en vez de elevar al hombre á la condición de Dios, rebajó á Dios á la condición de hombre, y en su profundo amor á la humana naturaleza, dobló la rodilla ante su propia imagen trasfigurada, é hizo á lo humano modelo de lo divino, en vez de entender lo divino como tipo de lo humano.

Muy diverso es el carácter del simbolismo que aparece en el Ramayana. La razón es obvia: el simbolismo es propio de las literaturas del Oriente Aryo, porque el simbolismo es hijo legítimo del panteísmo que domina en aquella civilización. No son las formas indirectas de la expresión artística meros caprichos del ingenio ni simples adornos de la poesía y del arte, sino formas que necesariamente reviste el ideal artístico con arreglo al ideal científico y religioso de los pueblos en que se producen. Fúndase el símbolo en todas sus manifestaciones, desde las mas complejas (símbolo propiamente dicho y alegoría) hasta las mas sencillas (metáfora, imagen, etc.), en algo mas hondo y trascendental que el deseo de embellecer la expresión.

Tiene, con efecto, el símbolo su base en la esencial semejanza que el espíritu descubre entre los diversos seres que constituyen el organismo de la realidad, y aun entre estos seres y el infinito Ser; semejanza que hace posible expresar á los unos por los otros, haciendo de cada ser el signo y la revelación de otro. Llévase esta semejanza hasta la identidad sustancial, como el panteísmo piensa, y el símbolo en todo su rigor, en toda su pureza, aparecerá como la forma mas excelente de la expresión artística: límitese la semejanza á mas reducido campo, afirmando la variedad primordial de las sustancias, como el dualismo entiende, y el símbolo se reducirá á la humilde y sencilla forma de la imagen, de la comparación y de la metáfora; inténtese hallar un término medio entre ambos extremos é introdúzcase en la concepción teológica y filosófica un fuerte sentido espiritualista, y el símbolo, espiritualizado á su vez, se convertirá en alegoría. Aplicando esta teoría á la historia literaria, es fácil comprender por qué domina el símbolo en la literatura de los pueblos orientales de procedencia arya ó turana, por qué es la metáfora tan propia de las literaturas semíticas y por qué la alegoría aparece en todo su esplendor en la literatura cristiano-europea. Así lo exigían el panteísmo de los primeros, el dualismo de los segundos y el espiritualismo de los terceros; por eso son simbólicas las epopeyas de la India y de la Grecia, si bien la última, menos que aquella, como menos panteísta es el pueblo que la produce; por esto, finalmente, aparece la forma alegórica en la epopeya cristiana, en la *Divina Comedia*.

El símbolo es, pues, la forma característica del Ramayana, y en esto radica la dificultad que su interpretación ofrece. Desde la acción hasta los episodios, desde los episodios hasta los personajes, todo es simbólico en el poema, hasta el punto que si de este carácter se prescinde, la composición parece un infantil cuento de hadas, mas que una verdadera epopeya. La lucha que constituye su asunto, es símbolo de una lucha de colosales proporciones; cada episodio lo es á su vez ó de una serie de hechos compendiados como en cifra en enigmática leyenda, ó de una concepción teológica ó cosmológica; los personajes, por último, son mitos heróico-religiosos que personifican una raza entera, y que al mismo tiempo son una encarnación de la divinidad.

Si el lector recuerda el contenido de nuestros anteriores artículos, fácil le será comprobar este aserto. En ellos hemos probado que la conquista de Lanka por Rama y sus aliados, conquista que no consigna ningún documento histórico positivo, no es otra cosa que un símbolo de la conquista de la India por los Aryas; así como la intervención de los monos es acaso lejano recuerdo de la conquista Kusçita, que precedió con mucho á la entrada de los Aryas en el territorio indio. Reconocido esto, es evidente que Rama

es la personificación de la raza Arya, Sugriva de la raza Kuschita, y Ravana de las razas Draviniana y Melania, primitivas pobladoras de aquellas comarcas.

Una confusión, constante en el poema y en extremo natural, de lo teológico y lo heroico, relaciona la hazaña guerrera de los Aryas, representados en Rama, con el antiquísimo mito de la lucha entre los principios abstractos del bien y del mal; siendo de esta suerte la lucha de Rama y de Ravana, no solo el mito heroico de la conquista Arya, sino el mito teológico de la lucha entre los dioses y los demonios bajo formas diversas reproducido en todas las religiones. Este doble carácter heroico-religioso del poema, nada tiene de peregrino ni de nuevo. Aparte de que en toda epopeya el elemento divino se une constantemente al humano, como total representación que es de la humana vida, realizada, según el piadoso sentir de todos los pueblos, por el concurso armónico de la providencia de Dios y de la libertad del hombre, cuando no por un ciego destino; es natural que esta confusión de entrambos elementos suba de punto cuando el ideal panteista anima al poeta.

No conoció la India la radical distinción entre el Creador y las criaturas, entre lo infinito y lo finito, que tanto supieron acentuar los semitas, y con menor rigorismo predicaron los cristianos. Para el indio, una Sustancia única llena el universo, y las individualidades de todas especies no son otra cosa que formas y modalidades perecederas, que incessantemente brotan del insondable seno del Ser, é incessantemente tornan en él á confundirse. Una ciega fatalidad, no pocas veces mencionada en el Ramayana, impera sobre los seres todos; fuerzas maléficas, nacidas del mismo origen que las fuerzas bienhechoras, engendran el mal, cuyos funestos efectos extirpan y reparan, no los libres esfuerzos del hombre, sino los poderosos auxilios de los dioses, constantemente encarnados para salvar y redimir á los hombres, y aun á la misma naturaleza. Dado este ideal científico y religioso, fácilmente convertido en ideal poético, nada de extraño tiene que un simbolismo heroico-teológico sea la adecuada, la propia, la necesaria forma de la epopeya india.

Causas de índole diversa vienen á aumentar las oscuridades del poema. Siendo toda epopeya reflejo fiel de una civilización entera, natural es que en ella aparezca lo mínimo al lado de lo máximo, lo accidental y transitorio á la par de lo esencial y permanente. Con frecuencia une el poeta épico á la expresión de un ideal altísimo, la manifestación de un sentimiento de partido, de escuela, que hace entrar el elemento histórico, palpante, de actualidad por los intersticios de lo ideal puro.

Así el Dante presenta á nuestros ojos, no solo el cuadro colosal de la teología católica, ó el edificio soberbio de la sociedad política de la Edad Media, apoyado en aquellas dos grandes columnas, el Papado y el Imperio, sino que á la vez pinta el estado deplorable de las ciudades italianas, critica sus vicios, eleva á la apoteosis ó clava en la picota á sus prohombres, y mezcla de esta suerte á las austeridades del himno cristiano, los acentos doloridos del patriota y las mordeduras aceradas del político. Bajo el poeta de la Edad Media aparece el poeta de la Italia; bajo este, el poeta de Florencia.

De modo análogo halla el crítico en el Ramayana huellas inequívocas de las pasiones é intereses del momento. ¿Qué son los episodios de Visvamitra y de Parasu-Rama, sino reminiscencias de una grande y reciente lucha entre el sacerdocio y el imperio, entre los brahmanes y los Kchatriyas, lucha terminada por una transacción conciliadora harto manifiesta en el poema, y en la cual llevan la mejor parte los Kchatriyas?

Si la *Divina Comedia*, con ser la epopeya católica, es también el poema gibelino, como lo revela el enaltecimiento constante del Imperio sobre el Papado, que en todo el poema se advierte; si la innegable ortodoxia del autor, llevada hasta el misticismo, no es obstáculo para que los Papas simoniacos ardan en los infiernos, y los emperadores germánicos se hallen en el cielo, la piedad del autor del Ramayana no es obstáculo tampoco para que el héroe de su obra sea un Kchatriya, y para que el Rama sacerdotal caiga vencido á los golpes del Rama guerrero. Acontecimientos muy semejantes á los que precedieron á la aparición de la *Divina Comedia* hubieron de preceder á la aparición del Ramayana; por esto tiene más de teológico que de sacerdotal, por esto es acaso fruto de un movimiento de reacción que opondrá á los antiguos héroes sacerdotales otro de origen divino como ellos, pero perteneciente, en cuanto hombre, á la casta de los guerreros.

La sociedad teocrático-feudal de la India tuvo, pues, su lucha entre el sacerdocio y el imperio, como la sociedad teocrático-feudal de la Europa cristiana; esta semejanza notable, revelada por el poema que estudiamos, no es ciertamente la única ni la más importante; otras muchas, que cuidadosamente hemos ido notando, nos servirán de base para desarrollar más tarde la tesis, un tanto atrevida, de que todo el ideal político y social de la Edad Media, todo lo que llamamos ideal germánico, tiene su genuino origen en la civilización india, como la literatura caballeresca brota de la literatura sanscrita.

(Se continuará).

## La Exposición de Viena.

Hé aquí el programa general que acaba de publicar la comisión nombrada para la Exposición que en el próximo año de 1877 debe efectuarse en Viena.

I. Bajo la protección de S. M. imperial y real apostólica tendrá lugar en Viena y en el año de 1873 una Exposición internacional, con el objeto de presentar el estado actual de la civilización y de la economía nacional de todos los pueblos, y de favorecer su desarrollo.

Esta Exposición se establecerá en el Prater en edificios construidos al efecto, y se abrirá el 1º de mayo de 1873, y se cerrará el 31 de octubre del mismo año.

II. Los objetos expuestos se distribuirán en los veinte y seis grupos siguientes:

- 1º Laboreo de minas y metalurgia.
- 2º Agricultura, aprovechamiento forestal, cultivo de la vid, de los frutales y horticultura.
- 3º Industria química.
- 4º Sustancias alimenticias y narcóticas, como producto de la industria.
- 5º Materias textiles y prendas de vestir.
- 6º Industria del cuero y del caucho.
- 7º Industria de metales.
- 8º Maderas labradas.
- 9º Lapidario, cerámica y cristalería.
10. Quincallería.
11. Fabricación de papel.
12. Artes gráficas y dibujo industrial.
13. Maquinaria y material de transporte.
14. Instrumentos científicos.
15. Instrumentos de música.
16. Arte militar.

Este grupo comprende los objetos y reglamentos relativos al armamento y equipo de los ejércitos, y á la asistencia de los heridos y enfermos.

17. Marina.

Este grupo contiene los objetos referentes á la navegación marítima y fluvial, á la construcción, el armamento y equipos de los buques, á la construcción de puertos, al alumbrado de las costas, y al servicio de salvamento, etc.

18. Construcciones civiles.

En este grupo se expondrán los edificios hechos ó proyectados, las construcciones de carreteras y ferrocarriles, conducción de aguas, saneamiento de terrenos y regularización de las corrientes de los ríos, canalizaciones, construcción de casas y edificios públicos (parlamentos, teatros, hospitales, prisiones, establecimientos balnearios, lavaderos públicos), disposiciones interiores como ventilación y calefacción, etc.

19. Habitaciones urbanas para la clase media con su distribución y decorado.

20. Habitaciones rurales con su distribución y mobiliario.

En estos dos grupos los expositores deberán presentar habitaciones con todo su ajuar á fin de dar á conocer las soluciones que los pueblos han dado á tan interesante problema.

21. Industria doméstica nacional.

El fin principal de este grupo consiste en que por los objetos presentados se puedan conocer los valores de la industria doméstica en sus diferentes y variados artículos de adorno, vajilla, tejidos, etc.

22. Influencia de los Museos de Bellas Artes aplicadas á la industria.

Este grupo tiene por objeto exponer los medios con cuyo auxilio los museos modernos de Bellas Artes aplicadas á la industria tienden á mejorar el gusto del público, á esparcir y á generalizar la instrucción artística.

23. Objetos de arte para el culto.

En este grupo se reunirá todo lo que se produce por las artes industriales para uso del culto.

24. Objetos artísticos é industriales del antiguo, expuestos por aficionados y coleccionistas (exposición de aficionados).

Con este agrupamiento se pretende hacer un ensayo que tiene tres objetos:

1º Generalizar el conocimiento de los tesoros que encierran las colecciones artísticas de los particulares y los cuales únicamente se conocen en círculos muy reducidos.

2º Atraer á los amigos del arte.

3º Y de inspirar nuevas ideas á los artistas industriales.

25. Bellas Artes de la época actual.

Este grupo comprenderá las obras que se hayan ejecutado desde la Exposición universal de Londres de 1862.

26. EDUCACION, INSTRUCCION Y CULTURA.

Este grupo comprenderá:

(a) Lo que se refiere á la crianza y educación del niño, su desarrollo físico y psíquico, desde los primeros días de su existencia hasta su entrada en la escuela.

(b) INSTRUCCION. — La instrucción desde la escuela elemental hasta la superior.

(c) CULTURA GENERAL. — Efectos de la literatura de la prensa, de las asociaciones y de las bibliotecas. Estos efectos deben exponerse por medio de cuadros estadísticos.

III. Reunidas las máquinas, aparatos é instrumentos, los métodos y procedimientos correspondientes á

diferentes épocas, se podrá apreciar el perfeccionamiento sucesivo de algunas invenciones, tal como por ejemplo, el de la máquina de coser, del telar, de la telegrafía, de la fotografía, etc. Y con este se obtendrá un ensayo de la historia de las invenciones; con este ensayo se unirá también el de establecer un paralelo entre las máquinas y el trabajo manual, y además de poner de manifiesto la sustitución del último por las máquinas.

IV. La exposición de objetos análogos y que procedan de diferentes épocas (con la indicación de sus precios, siempre que sea posible), así como la de las muestras y modelos, servirán para demostrar el aumento de la fuerza productora de algunas industrias, sus relaciones directas é inversas con las variaciones del gusto y aun su importancia bajo el punto de vista de la economía política en diferentes épocas; así se obtendrán materiales para la HISTORIA DE LAS INDUSTRIAS.

V. Para ilustrar con una reseña retrospectiva la influencia de las ciencias en los progresos de la industria, se presentará el APROVECHAMIENTO DE LOS DESPERDICIOS, y su creciente aplicación, presentando al lado de los desperdicios los productos extraídos de ellos, sin olvidar los intermedios; pero limitando la Exposición á lo que sea resultado de las invenciones y descubrimientos hechos desde la primera Exposición universal de Londres de 1851.

VI. La historia de los precios constituirá otro ramo de la Exposición. Se expondrá un cuadro sinóptico de los precios medios de los artículos más importantes en los principales centros productores, remontándose todo lo que sea posible de quinquenio en quinquenio, y uniendo á estos datos los muestrarios correspondientes.

VII. Con el objeto de presentar en un cuadro el cambio internacional de los productos, se aspirará á formar la representación del COMERCIO UNIVERSAL.

Para este fin se reunirán muestrarios de los artículos mercantiles de los principales puertos de comercio, con las indicaciones de origen y salida, las cantidades importadas y exportadas, etc. Se indicará además con cuadros estadísticos y representaciones gráficas el movimiento de la navegación y del comercio de los respectivos puertos durante el último decenio.

VIII. El pensamiento expresado anteriormente para facilitar el estudio de la Exposición con cifras y cuadros gráficos, encontrará su realización en todas las partes de la Exposición, en vista de hacer resaltar por los datos oficiales los progresos industriales y económicos hechos en los diversos Estados, desde la primera Exposición universal (Londres, 1851). Por ejemplo: se expondrán estados comparativos de las superficies consagradas al cultivo del suelo, de las cantidades de producción agrícolas anuales, sus precios, valor del terreno, interés del dinero, de los caminos de hierro, del número de la población, etc., tales como han sido establecidos en cada una de las épocas de las Exposiciones universales posteriores (Paris 1855, Londres 1862, Paris 1867). De este modo se podrá demostrar la fuerza productora de las diferentes naciones en los mismos espacios que les serán indicados en el palacio de la Exposición.

Todos los datos relativos á los diversos objetos de la Exposición, tales como el nombre del expositor, especificación del objeto, el precio (que el exponente es libre de darlo á conocer ó no) se unirán á los objetos expuestos. Todas las demás noticias, cuya publicación desee el exponente, y que son de algún interés para el público (la historia é importancia del establecimiento, su desarrollo sucesivo, la cifra de producción anual, y todos los detalles que en las Exposiciones anteriores estaban contenidos solo en los catálogos), serán unidos á los objetos expuestos en tarjetas escritas ó impresas.

IX. Deseando que la Exposición conserve su carácter principal de instrucción se harán ensayos de nuevos procedimientos ó poco conocidos todavía. Se someterán á experimentos los objetos expuestos cuyo valor únicamente puede conocerse de este modo, por ejemplo, experimentos relativos á la producción del vino (calefacción del vino, aplicación del hidro-extractor), ensayos de máquinas; herramientas de todas especies, la aplicación de la luz eléctrica, la del globo cautivo, ensayos de materias explosivas, de arados movidos por el vapor, transmisiones telodinámicas, locomotoras de carreteras, bombas para incendios por el vapor. Sobré estos mismos objetos se darán conferencias en una sala especial de la Exposición. En fin, se abrirán en tiempo oportuno concursos internacionales, por ejemplo, sobre los mejores instrumentos para el cultivo de la remolacha, para azúcar, etc., etc.

X. Los productos siguientes serán el objeto de Exposiciones internacionales temporales, es decir, reducidas á una corta duración por la naturaleza misma de sus objetos.

Animales vivos, caballos, bueyes, ovejas, cerdos, perros, aves, caza, peces, etc., etc.

Aves muertas, caza mayor, carnes grasas, etc.

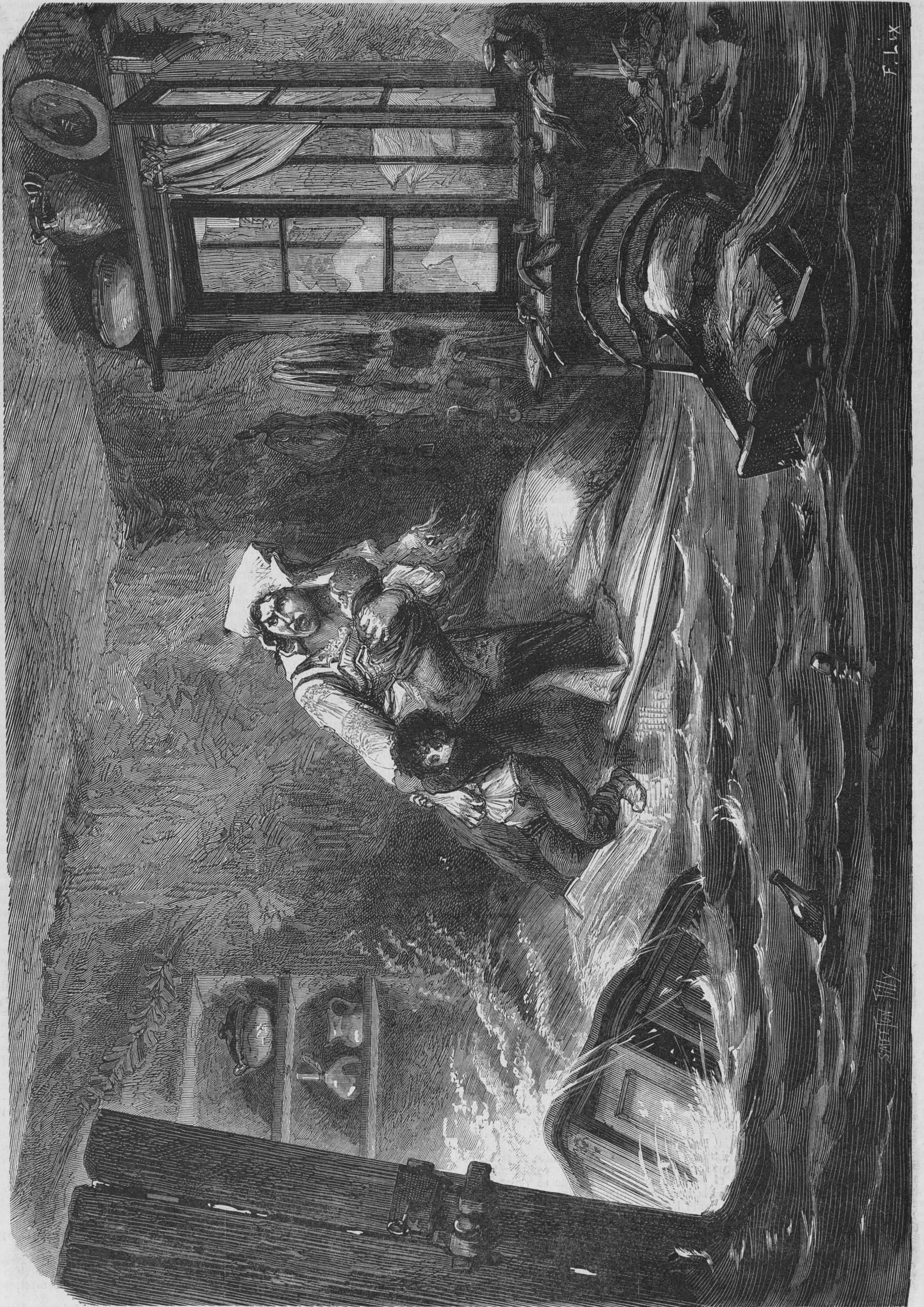
Productos de las lecherías y queserías.

Productos de horticultura, frutas verdes, hortalizas, verduras, flores, etc.

Plantas vivas nocivas á la agricultura y á los bosques.

Se harán ensayos dinamométricos para demostrar la fuerza de tracción de los animales.

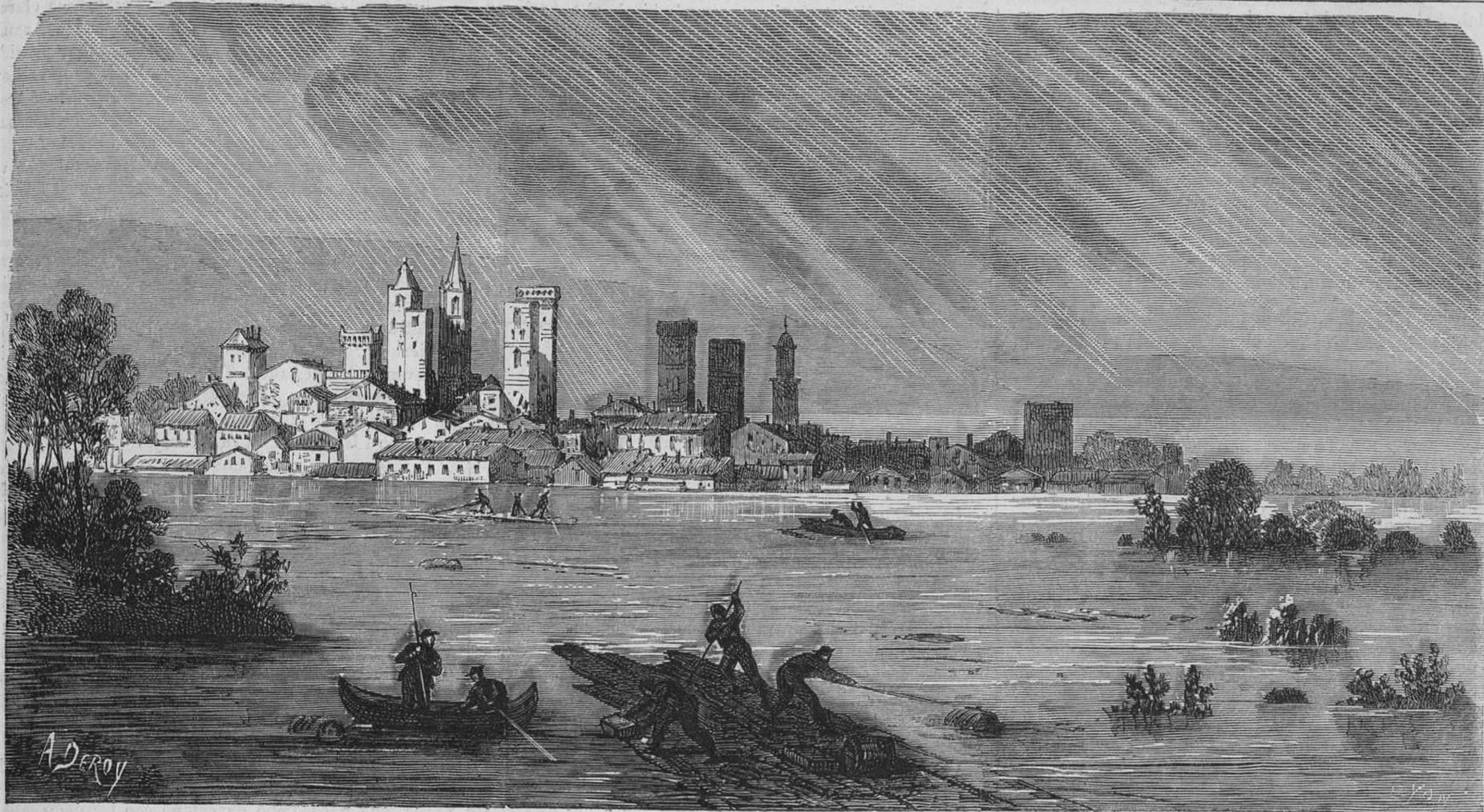
Durante la Exposición de caballos de lujo, tendrán lugar corridas internacionales, para las cuales se ad-



F. LIX

LAS INUNDACIONES EN ITALIA. — Familia sorprendida por las aguas.

SARDELLA



LAS INUNDACIONES EN ITALIA. — Albenga.

judicarán premios. Se organizarán también otras representaciones de recreo, tales como regatas, juegos nacionales, etc.

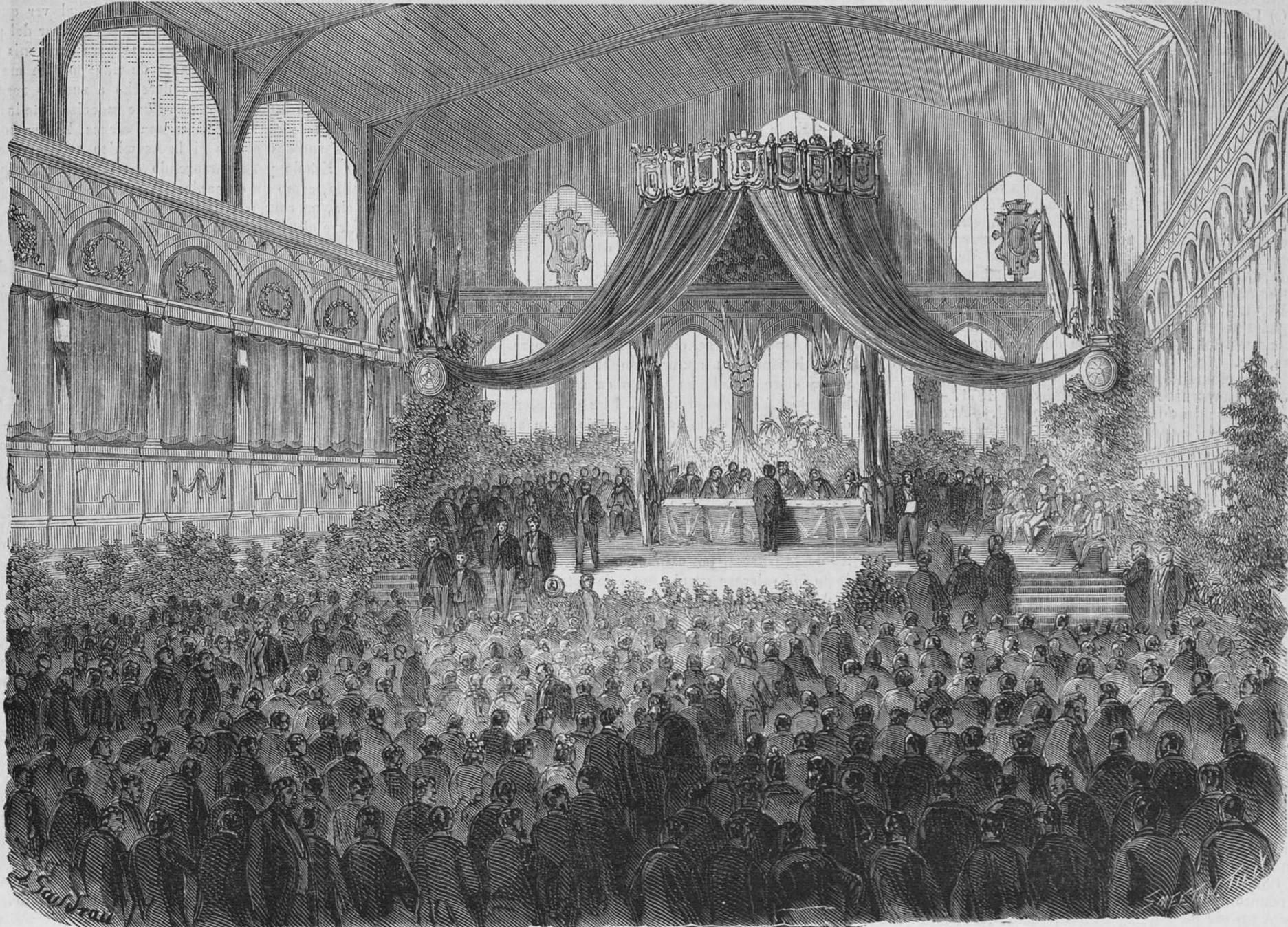
Algunas exposiciones temporales darán lugar á ensayos prácticos combinados con discusiones sobre las cuestiones relativas á los objetos expuestos. De este

modo la exposicion de los productos de la lechería dará lugar á experimentos sobre la fabricacion de la manteca y del queso, etc.

Para que el público pueda apreciar las sustancias alimenticias expuestas se erigirán pabellones para probarlas, en los que cada expositor podrá vender los si-

milares de sus productos aun en estado de decoccion.

XI. Durante la duracion de la Exposicion se organizarán Congresos internacionales y conferencias para discutir los problemas importantes que resulten de la misma Exposicion ó que se promuevan como temas especiales de la discusion internacional.



EXPOSICION UNIVERSAL DE LYON. — Ceremonia de la distribucion de recompensas.

Habrán Congresos internacionales de sabios y de artistas, profesores de instrucción primaria, médicos, representantes de los museos de Bellas Artes aplicados a la industria, de profesores de dibujo, arquitectos, ingenieros, representantes de las cámaras de comercio, economistas, para las cuestiones de Bancos y seguros, agricultores, ingenieros y propietarios de montes, ingenieros de minas y mineros, etc., etc.

Entre las cuestiones que se deban someter a la discusión, se encuentran las siguientes:

Cuestión de la propiedad intelectual, mejora del gusto público, propagación y desarrollo de la enseñanza del dibujo industrial, perfección de todo lo que se refiere al transporte, modo de obtener el mejor efecto útil de las máquinas, propaganda y desarrollo de la estatura forestal, disminución de los precios de los artículos alimenticios (por el aumento de producción, por una mejor organización de los mercados, por la reforma de la cocina, por nuevos métodos de conservación), alimentación y primera educación de la infancia, higiene pedagógica y ortopédica, instrucción de la mujer y mejora de su existencia.

XII. La repartición del espacio concedido a cada comisión extranjera para exponer los productos de sus nacionales será geográfica, es decir, que se hará por países, de modo que los diferentes territorios de producción se agruparán tanto como sea posible en el mismo orden, en el cual se encuentren sobre el globo en la dirección de Oeste a Este.

XIII. Respecto de los objetos que pueden ser clasificados en dos o más grupos de los indicados en el artículo II, el exponente puede designar el grupo en el cual desea colocar los objetos que exponga.

XIV. Se creará un Jurado internacional encargado de adjudicar las recompensas. Cada expositor deberá declarar si quiere someter o no sus productos al juicio del Jurado. En este último caso su exposición llevará la tarjeta FUERA DE CONCURSO.

Las recompensas se dividirán en el modo siguiente:

A. Para las *Bellas Artes*, la recompensa consistirá en una *medalla para el arte*.

B. Para los demás objetos de la *Exposición* los premios serán los siguientes:

(a) Los expositores que hayan tomado parte en las Exposiciones universales anteriores recibirán, por el progreso que se ha notado en sus productos después de la última Exposición a la cual hayan concurrido, la *medalla de progreso*.

(b) Los expositores que por primera vez envíen sus productos a una Exposición universal recibirán, en recompensa de los méritos que se reconozcan bajo el punto de vista de la economía nacional o bajo el aspecto técnico, la *medalla de mérito*.

(c) Los expositores cuyos productos tengan todas las condiciones del gusto atildado, tanto en el color como en la forma, tendrán derecho a la *medalla del buen gusto*; en fin,

(d) Se concederán *diplomas de mérito* análogos a las menciones honoríficas dadas en las Exposiciones anteriores.

C. Los *cooperadores* que bajo el testimonio de los expositores tengan una parte notable en los méritos de la producción, recibirán la *medalla de cooperación*.

D. Los méritos que los individuos o corporaciones hayan adquirido por la propagación de la educación del pueblo y por el desarrollo de la industria y de la economía nacional o por su celo particular a favor del bienestar intelectual, moral y material de las clases obreras, se recompensarán con los *diplomas especiales de honor*.

XV. Las disposiciones de los detalles relativos al organismo de la Exposición, el nombramiento y las funciones del Jurado, sistema del catálogo, las Memorias, etc., etc., serán objeto del reglamento general y de los reglamentos especiales.

42 Praterstrasse 16 de setiembre de 1871. — Viena. El presidente de la comisión imperial. — Archiduque Reniero. — El director general, baron de Schwarz Senborn.

## Exposición de Lyon.

### LA DISTRIBUCION DE RECOMPENSAS.

El domingo 10 de noviembre, a las once de la mañana, ha tenido efecto la ceremonia de la distribución de recompensas en la Exposición universal de Lyon. El tiempo era pésimo: llovía desde por la mañana, y hasta hacia frío, lo cual ha perjudicado mucho al brillo que se quería dar a la fiesta.

Presidia M. Cantonnet, prefecto del Ródano, teniendo a su izquierda a M. Barodet, alcalde de Lyon, y a su derecha al general Bourbaki, así como a M. Marie, enviado por el ministro de Comercio para representarle.

El discurso fué corto y se oyó con aplauso. M. Cantonnet explicó las causas de la ausencia del ministro de Comercio, detenido por los deberes que le impone la reunión de la Asamblea.

« A mí me ha correspondido, añadió, el honor de presidir esta solemnidad y de entregar los premios concedidos por el gobierno. »

Después dijo todo lo que se había hecho en favor de la Exposición, y dirigió a los expositores merecidas gracias por las dificultades vencidas y los triunfos obtenidos, gracias que M. Dabonneau, presidente del consejo de administración, repitió en otro discurso.

Seguidamente M. Cantonnet leyó los decretos del presidente de la República, haciendo varios nombramientos en la Legión de Honor; y por último, el director de la Exposición, M. Thorel, proclamó los nombres de los laureados que han obtenido medallas de oro, de plata y de bronce.

A la una de la tarde estaba concluida la ceremonia.

X.

## Revista de Paris.

La semana última hablábamos a nuestros lectores de la impresión que el Mensaje de M. Thiers, leído el miércoles, había causado en la Asamblea, impresión de agrado excesivo en los bancos de la izquierda que veían ya el triunfo definitivo de la República, y de profundo disgusto en los de la derecha ocupado por los partidarios de la forma monárquica. Inmediatamente después de la lectura se aprobó una proposición presentada por M. de Kerdel, en la que se pedía que se nombrara una comisión para responder al Mensaje, acto de hostilidad cuya significación se comprendió perfectamente desde un principio.

Creyéose pues, que el nombramiento de estos comisarios ofrecería ocasión de entablar la lucha; pero por lo visto no ha habido paciencia para esperar uno o dos días más y la batalla se dió en la sesión del lunes, antes de que se hubiera precedido a los tales nombramientos.

Terrible fué en verdad, y los que acudieron a Versalles con la esperanza de asistir a una memorable sesión llena de peripecias y de emociones, no salieron engañados.

El motivo o pretexto de la pelea parlamentaria que ha producido una crisis no resuelta aun, fué una interpelación del general Changarnier sobre un discurso pronunciado en Grenoble por M. Gambetta, en el que, a juicio del general, se infirieron graves ofensas a la Asamblea nacional, sin que el gobierno hubiera opuesto a los insultos del diputado radical, el debido correctivo.

El general Changarnier protestó, no obstante, de sus intenciones nada hostiles al presidente; pero a vuelta de estas afirmaciones, en muchas de sus palabras se descubrió un sentido de una benignidad muy dudosa.

Véase el exordio:

— En la comisión de permanencia, dijo el general, me he comprometido a hablar de los viajes del honorable M. Gambetta, que supongo está aquí presente, y hoy vengo a cumplir mi palabra. Dios me hará la gracia de llevarme al sepulcro sin que haya faltado a ninguna de ellas.

Y al hablar así se expresaba con un desden irónico que excitó frenéticos aplausos en la derecha.

Después prosiguió diciendo:

— El honorable M. Gambetta ha insultado groseramente a la Asamblea nacional, ha ultrajado a la religión de la mayoría de los franceses, ha excitado los odios y pasiones de esos hombres, cuya ambición no corresponde a su valor intrínseco: anunciando el advenimiento de una nueva clase social, ha puesto en zozobra a los obreros honrados, a los comerciantes, a los propietarios sobre su derecho a gozar de la posición que se han adquirido con su trabajo personal, o con el trabajo acumulado de sus padres. El gobierno conoce las leyes represivas vigentes contra tales delitos; y puesto que no juzga oportuno aplicarlas, preciso es por lo menos que no queden impunes los agentes del gobierno, que con su presencia han alentado la predicación de tan insensatas doctrinas. El ministro de la Guerra, tan concienzudo y leal en el gabinete, como fué valeroso en el campo de batalla del 18 de agosto de 1870, ha dado a sus colegas un buen ejemplo mandando castigar a cinco calaveras que se habían entretenido en escuchar y en aplaudir la charla demagógica.

El general entra en detalles sobre la campaña contra la existencia de la Asamblea; y hablando particularmente de los progresos que hace el radicalismo, dice que la gente honrada de la nación tiembla porque no se ve protegida por el gobierno indeciso siempre; que los hombres pacíficos y timoratos se esconden y tratan de olvidar a los peligrosos « bribones » cuyo advenimiento al poder parece más próximo cada día.

Ahora bien, ¿no ha llegado el caso de que el gobierno tranquilice a los tímidos separándose franca y enérgicamente de un « faccioso » que está dispuesto a todo?

Al oír esta palabra el presidente interrumpe al orador, y le suplica no emplee términos tan poco parlamentarios para hablar de sus colegas.

El general responde:

— Nuestro honorable presidente no aprueba que hable

yo un francés correcto; y aunque así expresaba claramente mi pensamiento y el de la mayoría de la Asamblea, cambiaré la expresión por dar gusto al señor presidente. ¿El gobierno no juzgará pues, que ha llegado la hora de unirse a la mayoría contra un colega dispuesto a trastornarlo todo para apoderarse otra vez de la desastrosa dictadura que perdería para siempre a la Francia?

Y sobre esta pregunta el general Changarnier se vuelve a su banco donde le esperan las más calurosas felicitaciones de los suyos, en tanto que los murmullos suben de punto en el campo contrario.

El ministro del Interior, M. Victor Lefranc, contestó al orador con poca habilidad y con una vehemencia extraordinaria.

Entra en materia diciendo que él no es ministro de un gobierno provisional, justamente el aserto más propio para levantar tempestades. Toda la cuestión en tela de juicio reside en esto: ¿el gobierno de la República es provisional como lo afirma la mayoría o es definitivo, como lo asegura M. Thiers en su Mensaje?

Verdad es que seguidamente entró en largas explicaciones que calmaron algún tanto los ánimos, pero sin desarmarlos; y así sucedió que su respuesta no produjo efecto.

En vano hizo presente que M. Thiers había reprobado con energía el discurso de M. Gambetta, cuando se trató de él en la comisión de permanencia, y hasta leyó el acta en la que constaban sus protestas; la mayoría no se dió por satisfecha y el ministro del Interior bajó de la tribuna sin haber logrado su objeto.

M. Thiers asistía a la sesión y todos comprendían que en un momento dado no rehusaría entrar en la lucha con las armas fulminantes de su elocuencia.

Así sucedió: el duque de Broglie conjura al presidente de la República a que repita solemnemente las declaraciones que hizo en la comisión de permanencia; que repita que nada tiene de común con los demagogos que le comprometen amparándose de su nombre, con aquellos que sabían retirarse y desterrarse voluntariamente cuando sus amigos asesinaban o incendiaban en París asombrando al mundo con tales horrores.

M. Thiers sube a la tribuna.

Los que presenciaron tan célebres debates dicen que jamás M. Thiers ha tomado en la tribuna una actitud más decidida, ni su voz débil ordinariamente, ha tenido jamás tan formidables acentos.

Con efecto, anuncia que no dirá más que palabras decisivas.

— Estoy dolorosamente afectado, dice, al ver que al cabo de dos años de trabajo constante en favor del país, se me obligue a subir a esta tribuna para decir mis sentimientos, cuando cuarenta años de vida política me han dado bien a conocer. Tengo derecho a vuestro respeto. Hablan de mi indecisión: no estuve indeciso ante los muros de Paris; esa palabra es una ofensa. Sé que sobrevendrían sucesos graves si la Asamblea se separase del jefe del Estado y no comprendo que me traigan aquí al banquillo, como un culpable. En presencia de semejante violencia, mi conducta está trazada; no responderé. Sea cual fuere el sentimiento que os anime, amistoso o violento, repito que no responderé.

La izquierda aplaude con frenesí, en tanto que la derecha se queda como estupefacta al oír tal lenguaje. ¿Logrará también esta vez ejercer una presión de resultado infalible? Así parece a primera vista; mas pronto vamos a ver cómo se cambian los papeles.

— No, sigue diciendo M. Thiers, lo que hay en esta interpelación es otra cosa: es el deseo de derrocar la República, de aprovechar la ocasión para destruir el gobierno. ¿Con que me pedís como una justificación? Pues no la tendréis; y ya que vuestra imprudencia ha roto las hostilidades, ahora exijo yo un voto de confianza inmediatamente.

Un momento de verdadera consternación sucede a este discurso. ¿Qué partido tomar? Los jefes de la mayoría tratan de ponerse de acuerdo y el general Changarnier vuelve a la tribuna.

— Mas próximo, dice el anciano general, que el ilustre M. Thiers de la hora inevitable en que cada cual debe dar cuenta a Dios de los dones que ha recibido, no tengo yo por el poder una ambición senil... Lo que pedimos al presidente de la República es que nos prefiera a nosotros que somos sus verdaderos amigos, y abandone a los agitadores que quieren la ruina de la Francia. Conste aquí que el principal personaje de quien se trata en esta discusión guarda un obstinado silencio. Ya veis que los temerarios que lejos de aquí os ultrajan, vuelven al respeto en cuanto se hallan delante de vosotros.

Efectivamente, M. Gambetta permanece en su banco en la actitud de un espectador desinteresado en la lucha: ni las insinuaciones, ni las invectivas consiguen que tome la palabra para responder a sus adversarios.

Es una táctica que pudo ser muy hábil y muy provechosa para el partido, pero que contribuyó sobremedera al funesto desenlace que tuvo esta sesión para el gobierno de la República.

Se acerca el momento decisivo.

El duque de Broglie propone una orden del dia en que se reprueban las doctrinas del discurso de Grenoble, sin hablar de la confianza ó la desconfianza sobre cuyos términos ha exigido M. Thiers la resolucion de la Asamblea; y viendo que la mayoría, vuelta ya en sí de su estupor se inclina á votar en aquel sentido, el presidente de la República sube otra vez á la tribuna.

La curiosidad llega al colmo, un silencio general sucede al tumulto. En algunos minutos, la actitud de M. Thiers ha sufrido una trasformacion completa. Ya no amenaza con palabras iracundas, muy al contrario, diríase que pone empeño en destruir todo lo que afirmó en su primer discurso.

— Sois el único poder existente en Francia, dice á la mayoría, y hemos querido y debíamos querer que no os atacara nadie. Por esta razon hemos prohibido los banquetes, en los cuales se debia predicar la disolucion de la Asamblea en términos inconvenientes y ofensivos.

Una explosion de aplausos resuena esta vez en los bancos de la derecha, en tanto que la izquierda, antes tan bulliciosa, guarda un silencio muy significativo.

El presidente continúa :

— Queríais interpelar á M. Gambetta, y como no podíais, os dirigís al gobierno. No es esa una señal de confianza. Hablais de libertad parlamentaria. Lo que es parlamentario es encontrar expresiones justas, y no avanzar si no se puede sostener el ataque. No es á mí á quien debe exigirse una profesion de fe; eso me ofende y debo pedir un testimonio de confianza. No lo imploro, porque no tengo ambicion senil. No soy yo quien pidió el poder en Burdeos : el que pueda decir que solicité su voto, que se levante. He aceptado una paz dolorosa, y aquel con quien la firmé, me dijo esta frase que puedo repetir : « No sois vos quien habria debido sufrir este gran dolor, pues de todos los franceses sois el que menos lo mereceis. » Y despues, cuando tuve que combatir la insurreccion ¿os pedí yo el poder? Yo combatí facciones y las conoço; con el socorro de nuestro fiel ejército espero mantener el orden, y si el orden se turbara, lo digo muy alto delante del pais, delante de la Europa, á mí no me acusarian.

La derecha celebra el triunfo que acaba de obtener y quiere sacar partido de su victoria; pero una indecible confusion reina en la Cámara cuando se trata de la votacion de la orden del dia; y no pudiendo establecerse un acuerdo, espontáneamente los diputados de los extremos se abstienen de votar la que adopta el gobierno, porque no satisface ni á unos ni á otros, y con efecto, solo se reunen 263 votos en pro y 116 en contra, en una Cámara que cuenta 750 diputados.

El texto de esta orden del dia dice así :

« La Asamblea nacional, confiada en la energía del gobierno y reprobando las doctrinas profesadas en el banquete de Grenoble, pasa á la orden del dia. »

Naturalmente, M. Thiers no podia quedar satisfecho; y al punto se declaró la crisis que, como hemos dicho ya, no se ha terminado aun.

Dícese que aquella misma noche los jefes de los distintos grupos de la mayoría, formaron un gobierno para el caso en que M. Thiers presente su dimision, segun se anuncia; y se citan los nombres del mariscal Mac-Mahon, y de los generales Ladmirault y Changarnier para componer un triunvirato que conservará el estado político que hoy existe reservando el porvenir hasta la completa liberacion del territorio.

Sin embargo, no se quiere, á lo que se dice, reemplazar á M. Thiers de todas maneras; se quiere sí, que gobierne con la mayoría, que nombre un nuevo ministerio de carácter conservador y que rectifique solemnemente el pacto de Burdeos, ó sea la tregua de los partidos.

De un momento á otro puede empeñarse la batalla decisiva, ya con la presentacion de los proyectos de reformas constitucionales que se meditan en la izquierda, ya con la del dictámen de la comision nombrada para contestar al Mensaje, de cuyos quince comisarios, nueve se cuentan entre los enemigos del gobierno. Este dictámen se presentará el lunes; y por lo tanto, en nuestra próxima revista podremos dar á nuestros lectores el desenlace de este gran conflicto.

MARIANO URRABIETA.

**Poesías.**

**CANTOS DEL CREPÚSCULO**

DE VICTOR HUGO.

¡Si, digna era de tí, tan estrellada estaba  
La noche de verano que ayer nos dió su sombra!  
¡Tan dulce era su aliento, tan fresca era su calma

Y tan bien apagaba sus perdidos rumores,  
Y tantos, amorosa, sus mas puros rocíos  
Derramaba en nosotros y en las flores!

¡Lleno de fuego y gozo delante de tí estaba,  
De belleza admirando revestida tu frente;  
Como con toda tu alma me mirabas; y nada  
Tus tiernos pensamientos revelarme podia;  
Pero el delirio íntimo en tu alma comenzado  
En mi alma luego á terminar venia!

¡Al Señor yo alababa, cuya infinita gracia  
En la noche y en tí puso tanta armonía,  
A Dios que para darme felicidad y calma  
A tí y á la noche hizo tan llenas de hermosuras,  
Tan radiantes, tan llenas de murmullos y aromas,  
Y tan dulces las dos, las dos tan puras!

¡Oh, sí, con fe profunda bendigamos su nombre!  
Es Dios quien hizo tu alma, Dios es quien hizo el mundo,  
Quien mi corazón llena y arrebató mis ojos,  
Dios que del misterio siempre está entre los velos,  
Dios que quiere que brillen tus ojos en la tierra  
Como la estrella en los serenos cielos!

¡Es Dios quien la noche hizo mas hermosa que el dia,  
Dios quien el amor puso, fin de todas sus obras,  
El amor en quien todo tiene cimiento y vida.  
Es Dios quien en tu cuerpo como una copa llena  
Derramó la hermosura; y el amor en mi pecho,  
El amor derramó que me enajena!

La belleza es la frente, el amor la corona,  
Déjate coronar, mi jóven soberana;  
El amor es lo único que se anhela y se llora  
Cuando al acaso baja la juventud amante;  
Sin él todo es oscuro, el amor es la vida,  
Sin él nada es perfecto ni brillante.

¡Oh! ¡deja que te ame! del alma los deseos  
No sácia un poco de oro, ¡ay! ni un poco de gloria,  
Polvo que del combate trae el orgullo necio,  
Ni la loca ambicion que vive de quimeras  
Royendo tristemente las cortezas amargas  
De terrenales pompas pasajeras.

¡No, tú lo ves : preciso es de dos pensamientos  
El oculto himeneo, las manos que se estrechan,  
Los suspiros ahogados, el perfumado beso,  
Todo lo que en los ojos leer sabe el que ama,  
Y dulces, prolongadas, las vibraciones todas  
De ese laud que corazón se llama!

¡Todo bajo del cielo tiene su ley secreta,  
Su mansion predilecta, su lugar escogido  
Al cual á todas horas, mil instintos le llevan;  
Así tienen, abrigo en borrascas y en calmas,  
El pescador su barca, el águila sus montes,  
Su fuente el cisne, y el amor las almas!

C. ALBAN (DE COLOMBIA).

**ENCUENTRO.**

¿Por qué te he vuelto á encontrar  
Tan bella y encantadora,  
Vida mia,  
Si jamás has de aliviar  
El dolor que me devora  
Noche y dia?

¿Por qué tu suave hermosura  
Los recuerdos ha traído  
De mi amor,  
Y veo en tu frente pura  
El desden que á mi alma ha sido  
Matador?

¿Por qué no miro en tus ojos  
Esa luz clara y graciosa,  
De consuelo,

Que á pesar de tus enojos  
Brillaba pura y hermosa  
Como un cielo?

¡Ah! tu hermosura no ha pasado,  
Pero en el pecho tú sientes  
Cruel pesar;  
De tu alma se han eclipsado  
Las auroras refulgentes  
Del gozar.

Para tí otro tiempo hermoso  
Era un sueño tu existencia  
De ventura,  
Y en un eden primoroso  
Reías en tu inocencia,  
Bella y pura.

Para tí perfumes suaves  
Derramaban lindas flores  
Por do quier;  
Para tí las tiernas aves  
Preludiaban sus amores  
Con placer.

Y fuiste ¡ay! envidiada,  
Porque eras entre las bellas  
La mejor;  
De amantes mil adorada,  
No escuchabas sus querellas  
Ni el amor.

En tu corazón no existe  
La primavera de flores  
Sin rival,  
Que en otro tiempo sentiste  
Con tu guirnalda de amores  
Celestial.

Tu rostro, que fué risueño,  
Hoy retrata la tristeza  
De la muerte;  
Y fué tu alegría un sueño,  
Palideció tu belleza,  
¡Dura suerte!...

Y por distinto camino  
He sentido en este mundo  
Los rigores,  
Y es sarcasmo del destino  
Que vea tu mal profundo,  
Tus dolores.

¡Ah! juntemos los llantos míos  
Con el pesar de tu vida,  
Tu llorar,  
Como dos opuestos rios  
Que en diferente corriente  
Van al mar.

MANUEL ANTONIO HURTADO (CHILENO).

**LA JUSTICIA.**

Hija de Dios del cielo descendida  
Para bien de los pueblos y sus gentes,  
Severa da sus leyes permanentes  
A cuanto tiene inteligencia y vida.

Su purísima luz, nunca escondida,  
Brilla para las almas inocentes,  
Y brilla mas, con rayos refulgentes,  
En la conciencia en que el delito anida.

Dios por hermanas dióle á la prolija  
Paciencia que las penas menoscaba,  
A la Prudencia en sus consejos fija

Y á la Verdad que la calumnia lava;  
Y á la Industria feliz dióle por hija;  
Pero á la Libertad la hizo su esclava.

Popayan, 1874,

C. A.

### Las maniobras prusianas.

En el momento en que las cuestiones militares se hallan á la órden del día en la mayor parte de los Estados del mundo, creemos oportuno llamar la atención sobre las últimas maniobras ejecutadas por los ejércitos alemanes, maniobras enteramente nuevas, resultado de las observaciones hechas durante la guerra de 1870, por la plana mayor de los prusianos.

Los dibujos que reproducimos son exactísimos y las explicaciones son de un hombre muy competente en la materia, M. A. Wachter.

Las dos maniobras que representan nuestros dibujos hechos en Belfort, son las que mas acostumbran á usar las tropas prusianas delante del enemigo. Uno de ellos figura la columna de ataque, y el otro el despliegue marchando de la columna de ataque.

La guarnición de Belfort se compone actualmente de los regimientos 21 y 61 de infantería, de un escuadron de dragones y de una batería montada, esto sin contar la artillería de fortaleza y los peones empleados en otra cosa que en las maniobras. Los dos regimientos dan seis batallones de 400 hombres, deducido el servicio, el escuadron de caballería unos 100 dragones y la batería de artillería 6 piezas, cifra reglamentaria del pié de guerra.

El primer dibujo representa pues, la totalidad de la guarnición disponible formada en columnas de ataque, formación ordinaria de las tropas prusianas cuando llegan á los lugares de reunión y que designan con la palabra francesa *rendez-vous*. El general comandante ha dispuesto su brigada sobre dos líneas, entre las cuales ha intercalado su batería de artillería; los jinetes han sido repartidos sobre las alas y á vanguardia, que no pueden figurar en el dibujo. El reglamento ordena que la vanguardia se componga de un batallón cuando menos, siempre pronto á empeñar el com-



NUEVAS MANIOBRAS DEL EJÉRCITO PRUSIANO. — Formación de un batallón en columna de ataque.



NUEVAS MANIOBRAS DEL EJÉRCITO PRUSIANO. — Despliegue de la columna de ataque en columna de compañía.

bate para dar tiempo al cuerpo de batalla (en alemán *das Gros*) de tomar las disposiciones mas favorables.

Sentado esto, vamos á hacer una relacion sencilla y circunstanciada de los movimientos ejecutados por la brigada de Belfort, evitando las expresiones técnicas y despues diremos cómo se forma un batallón en columna de ataque y en columnas de compañía.

Al llegar al *rendez-vous* la brigada se divide en tres grupos: el primero, fuerte de un batallón, se envía de *vanguardia*; otros dos forman el *grueso* y tres la *reserva*. La artillería marcha entre el grueso y la reserva, y la caballería se reparte como ya se ha dicho.

En cuanto los tiradores principian á estar en contacto con el enemigo, el comandante de artillería, que ha recibido instrucciones del general, busca un sitio favorable para sus piezas, esto es, bastante alto para descubrir el terreno hácia adelante y que presente una contra-pendiente para abrigar los cañones hasta la boca, si es posible. Como las piezas prusianas alcanzan á 3,000 metros se recomienda á los generales y oficiales de artillería que no se preocupen de algunos centenares de metros mas adelante ó mas atrás.

La reserva, detrás de la artillería, se detiene al mismo tiempo que esta, y si el combate es vivo, continúa su camino, no dejando detrás mas que las tropas de sosten necesarias para impedir que las piezas sean tomadas por sorpresa.

El general que marcha con el grueso, continúa avanzando, y si la vanguardia comienza á flaquear, va á su socorro á paso de carga (120 por minuto); las dos primeras filas cruzan la bayoneta, tocan la carga tambores y trompetas y los hombres diseminados delante de la columna se juntan, colocándose en los intervalos de los batallones. Entre tanto trabaja la artillería y la reserva se dispone á reemplazar el grueso, avanzando ó poniéndose al abrigo de los proyectiles.

Es raro que una brigada ó una division formada en columnas de ataque pueda llegar al enemigo en masa tan compacta; y así es que ejecuta al paso gimnástico un despliegue para presentar menos cuerpo á los proyectiles y para moverse con mas facilidad. Esta operacion figura el segundo dibujo: todos los soldados tienen el arma en el brazo derecho para estar prontos á cruzar la bayoneta ó hacer fuego; las com-

pañías del centro siguen avanzando con rapidez y las que deben desplegarse oblicuan á derecha ó izquierda y van á colocarse corriendo al nivel de las del centro.

leyendo los reglamentos prusianos se observa que el despliegue ejecutado en Belfort á que nos referimos, se ejecuta menos en presencia del enemigo, que el paso inmediato de las columnas de ataque á las columnas de compañía que ofrecen menos superficie á los golpes enemigos y mas profundidad para el ataque y la resistencia.

En cuanto se nota un punto débil en la línea enemiga, se introduce por él una columna de compañía; si la abertura aumenta, otra compañía acude á sostener la primera, en tanto que otra ejecuta un movimiento de flanco ó se opone á un ataque.

Si todo va bien se ataca al enemigo á la bayoneta; pero si la tropa es rechazada, lo que sucede á menudo en un primer ataque, la reserva forma á su vez una vanguardia, un grueso y se empieza otro combate, en tanto que la artillería conserva ó modifica sus posiciones, segun convenga. Lo mas notable en estos movimientos, es que los prusianos los aplican en sus maniobras de paz como en el campo de batalla con una tenacidad que produce un grado de perfeccion incomparable.

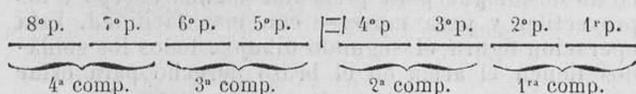
Ahora que hemos expuesto en resúmen, la táctica de los prusianos, daremos las explicaciones prometidas sobre algunos movimientos de detalle.

El batallon se compone de cuatro compañías, cada una de dos pelotones formados en tres filas, de las cuales la tercera forma siempre cuatro pelotones auxiliares de tiradores que vienen á agruparse ya detrás de una línea, ya sobre el flanco de la columna *pero siempre del lado opuesto al enemigo*.

Estando el batallon en batalla (figura I) para ple-

BATALLÓN EN BATALLA.

(4 compañías subdivididas en 8 pelotones).



garle en columna de ataque (figura II), el comandante

BATALLÓN EN COLUMNA DE ATAQUE.

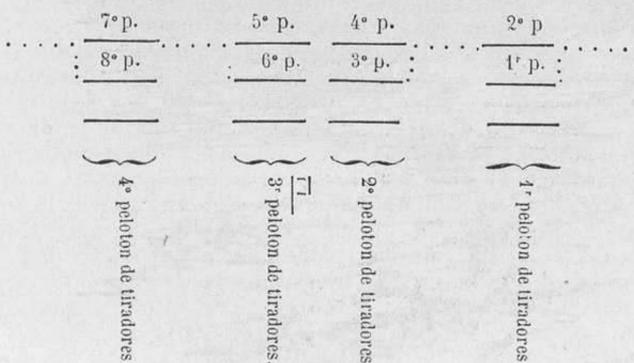
(En masa).



te de batallon da estas voces de mando: *Angriffs Kolonne — Nach der Mille in Kolonne! — Links und rechts — um — Marsch!* O sea: Columna de ataque — Hacia la mitad de la columna — A derecha y á izquierda — *Marchen!* — Si el movimiento debe ejecutarse al paso gimnástico el comandante repite la voz: *Marsch* dos veces. La bandera y su guardia se quedan entre los pelotones 4º y 5º, guardia que se compone de cinco sargentos. Los tambores y los músicos se sitúan entre la 2ª y 3ª subdivisiones que les reservan una distancia de dos pasos. La columna forma una masa compacta, puesto que la distancia de un peloton á otro no es en todas partes mas que de dos pasos. El dibujo representa dos batallones formados en columnas de ataque justapuestas; así como lo indican las dos banderas que han retrocedido á la primera fila para que puedan las dos primeras cruzar la bayoneta. Es de notar que en el momento en que el fusil pasa á la mano izquierda, los soldados deben lanzar tres *hurras*. El precepto es bueno, pues en el supremo momento de la lucha hay que animar á los hombres por todos los medios posibles y los *hurras* sostenidos por las trompetas y los tambores no dejan de producir un gran efecto moral.

Cuando el batallon en batalla debe formar las columnas de compañía, las compañías á la derecha de la bandera se forman sobre el peloton de izquierda (figura III), y las compañías á la izquierda de la ban-

BATALLÓN DESPLEGADO EN COLUMNAS DE COMPAÑÍA CON SUS PELOTONES DE TIRADORES.



dera se forman sobre su peloton de la derecha; la bandera, su guardia y el tambor mayor, pasan detrás

de los tiradores de la 3ª compañía, compuesta de los pelotones 5º y 6º. La figura basta para hacer comprender cómo se ejecuta este movimiento.

El paso de la columna de ataque á las columnas de compañía y reciprocamente se ejecuta por movimientos de flanco muy sencillos; el manejo de los pelotones de tiradores ofrece mas dificultades.

En las columnas de ataque se hace poco fondo sobre la caballería, y así es que los reglamentos solo dicen que las tropas á caballo agregadas á la infantería, deben estar lo mas cerca posible de estas últimas á fin de que puedan aprovechar las ocasiones de caer sobre el enemigo.

En Belfort, el general comandante ha ejecutado una maniobra singular, intercalando una compañía de infantería entre las dos filas de un escuadron de caballería, arriesgando las pisadas de los caballos sobre los infantes. Es una estratagema digna de un circo ó de un hipódromo.

Sin embargo, debemos reconocer que esa latitud que se da á los jefes de hacer experiencias tácticas, desarrolla la inteligencia y las aptitudes de los oficiales y sargentos.

Hay mucho que aprender de los alemanes en punto á arte militar. La librería Dumaine ha tenido la excelente idea de publicar traducciones de sus libros mas importantes; y para convencerse de la verdad de lo que decimos, léase el *Reglamento sobre las maniobras de la infantería prusiana*, traducido por M. Uffler, y el *Reglamento sobre las grandes maniobras*, traducido en el estado mayor del ministerio de la Guerra. Está visto y probado que el mariscal de Moltke y el ministro de la Guerra, general de Roon, son hombres muy inteligentes.

A. W.

Batalla de sabios.

CUENTO.

(Continuacion. — Véase el número 4,037).

— Trátase, por el contrario, de llevar á cabo una obra meritoria, consolando á una familia atribulada. — Pues hable su merced, repuso el mozo, y diga en qué podemos servirle.

— ¿Veis un caballero en aquella encrucijada? preguntó Soto señalando con el dedo á su compañero.

— Sí veo.

— Pues aquel infeliz es un demente que há unos dias halló medio de escaparse de la casa de locos de Toledo. Yo soy su primo y he caminado en su busca dos dias por estos contornos, hasta que anoche di con él en una majada. Pero el daño está en que no hallo medio de conducirlo otra vez á Toledo, ni de llegar á caserío ó aldea donde me den socorro, porque el desdichado se empeña en que no ha de salir de estas inmediaciones hasta encontrar no sé qué papeles que dice se hallan escondidos no sé dónde.

— ¡Pobre señor! dijo el mozo, que era muy compasivo, ¿y en qué podemos servir á su merced?

— Quisiera, hermanos, que con mucho disimulo os llegáseis al pobre loco, y de grado ó por fuerza le detuviéseis aqui mientras yo voy á Alcázar de San Juan en busca de algunos criados que allí me esperan, y con cuyo auxilio podré conducirlo á Toledo.

— Si vuesa merced no manda otra cosa, ya en eso está servido, dijo el mozo haciendo una seña á sus compañeros, que eran dos robustos jayanes.

— Sabe Dios que os lo agradezco en el alma, hermanos. Tomad los veinte escudos prometidos, y ved que le trateis con blandura, que es persona principal y bien criada.

— Por eso no se apure vuesa merced, que no se le hará daño ninguno.

El gañan se guardó los escudos, y tomando una trocha que por entre unas encinas conducia junto á la encrucijada, en breves instantes llegó con los dos mozos adonde estaba el bueno de Sotillo, el cual no sospechaba la entuchada que le disponia su compañero.

Cuando Soto vió que los gañanes asian las riendas del caballo de Sotillo, volvió grupas á los mozos, y jugando de las espuelas tomó el derrotero de Alcázar de San Juan á todo el correr de su cabalgadura.

Al ver que se apoderaban de las riendas, Sotillo tomó á los gañanes por bandidos y se dió por despojado de cuanto llevaba; pero el mozo que capitaneaba el complot, le dijo con blandura:

— No tema vuesa merced, que no se le hará el menor daño.

— ¿Quién sois y qué queréis, hermanos? preguntó Sotillo.

— Somos unos pobres patanes que nos dolemos de los males del prójimo.

— Pues idos enhorabuena adonde podais plañeros con mas razon, dijo Sotillo, que á mi, á Dios gracias, no me aqueja ningun mal; con que así, soldad las riendas del caballo y dejadme ir mi camino.

— Si vuesa merced no lo toma á descortesía, repu-

so el mozo, aqui esperaremos juntos á que vuelva su señor primo.

— ¿Qué primo ni qué nada? exclamó Sotillo muy alborotado. ¿De quién hablais, hermano?

— ¿De quién he de hablar, sino de ese caballero que acompaña á vuesa merced?

Volvió Sotillo la vista hácia la era, y viendo que su enemigo ponía tierra de por medio á todo el galopar de su caballo, comenzó á gritar con mucha cólera:

— ¡Ah taimado! ¡ah felon! ¡Con que esas son tus mañas!... Malhaya una y mil veces mi sandez: debí de imaginar que me la jugarías de bellaco!

— Señor, dijo el mozo condolido, vuesa merced no sabe lo que dice.

— Lo que digo es que solteis las riendas, que voy á dar caza al fullero que me tiende esta celada.

— Eso no hará vuesa merced.

— ¡Si haré!

— ¡No haré!

Viendo los mozos que Sotillo bramaba de coraje y metia espuelas al caballo, se abalanzaron á los ijares del animal, y desde allí asieron al jinete por la cintura y le sacaron de la silla como si fuera una pluma.

— ¡Atrás, canalla ruin! gritaba el desdichado bufando como un toro; mirad que aquel que huye no es mi primo, sino un ladron que se vale de esta treta para apropiarse el manuscrito.

— ¿Qué, aun da vuesa merced en la tema de los papelotes? dijo el mozo sujetándole á duras penas con la ayuda de sus compañeros.

— ¡Y daré en ella mientras viva! gritó Sotillo. Vos digo que me dejéis en libertad, ó de lo contrario aqui me vereis echar el alma de puro coraje!

— De aqui no se moverá vuesa merced hasta que dé la vuelta su señor primo.

— Así volverá mi señor primo como por los cerros de Ubeda. ¿No os digo, hermanos, que ese hombre es un bellaco que me juega esta treta para quitarme de entre las manos un precioso documento?

— Ya, ya sabemos de qué pié cojea vuesa merced.

— ¡Que no cojeo!

— ¡Que sí cojea! gritó el mozo alzando un poco el contrapunto, y basta ya de porfía, ó juro por quien soy que he de amarrarle á un árbol si no sosiega el cuerpo hasta que venga aquel buen caballero.

El teson del gañan puso coto á los fieros y á las embestidas de Sotillo, y dejóle por un momento cabizbajo y pensativo. A poco levantó la cabeza, y dirigiéndose al mozo, le dijo con tono sosegado:

— Dígame, hermano: ¿y á qué ha de volver aqui ese primo ó esa patarata?

— Ha de volver en busca de vuesa merced.

— ¿Y á dónde quiere llevarme?

— Adonde no corrais de zoca en colodra buscando lo que no existe.

— De ese modo, ya que sois gente compasiva, podríais ahorrarle á él la mitad del camino y á mi la molestia de esperar en este despoblado la fuerza del sol.

— Eso ya es hablar en razon, respondió el mozo, y si dais en el resorte de la cordura, no habrá cosa que no hagamos por servirlos.

— Pues bien, amigo; yo sé que él ha ido á Alcázar de San Juan.

— En efecto, allí ha ido.

— ¿Sabeislo por cosa cierta?

— Lo sé porque él mismo me lo dijo.

— Sigamos, pues, el mismo camino que ese primo de mis pecados, y si no topamos con él antes de llegar á Alcázar, le hallaremos de fijo en el pueblo, donde podrá tomar algun reposo: y porque no os tomeis sin provecho esa molestia, tened esto para beber á mi salud.

El mozo tomó seis escudos que Sotillo le puso en la palma de la mano, y exclamó con el calor de la gratitud:

— ¡Qué lástima que vuesa merced haya dado en tan disparatada manía! Monte á caballo, y vamos adonde desea, que con ello no haremos sino cumplir mejor lo prometido.

Sotillo montó en efecto, y asiendo uno de los mozos de las riendas, tomaron todos el camino de Alcázar, avivando el paso.

El lugar distaba poco mas de dos leguas; pero como Sotillo pusiera gran empeño en llegar cuanto antes, las anduvieron en una hora. Al llegar á las tapias de Alcázar de San Juan, Sotillo descubrió de lejos el corral de la casa de Cervantes, y avivó el paso de su cabalgadura.

— ¡Alto! dijo al llegar á las tapias: aqui encontraremos á mi señor primo.

Y apeándose del caballo entraron todos en el corral cuya puerta estaba entornada.

V.

Entró Sotillo en el corral con los mozos, y apenas habia andado algunos pasos, cuando por la ventana baja del famoso aposento donde se encerraba el nunca bien ponderado tesoro, columbró al bueno de Soto que, puesto en pié sobre la silla del caballo, examinaba atentamente una viga del techo, buscando resquicio ó hendadura por donde meter la mano.

— ¡Cogile! gritó Sotillo, desde el corral. Y para llegar por el camino mas corto adonde estaba su ene-

migo, de un brinco se metió por la ventana en el aposento.

Volvió Soto la cabeza, y al verle hizo tan fiero visaje abriendo la boca y apretando los dientes, que no hiciera mas un mono vengativo al verse arrancar el pan de las manos.

— Bajad acá, señor bellaco, añadió Sotillo hincándose los puños en las caderas y haciendo jugar el talon del pié derecho á guisa de amolador. ¿Así me poneis en tutela para quedaros árbitro y señor de manosear las vigas á vuestro antojo? ¿Qué diablos buscáis por esas eminencias?

— Buscaba el cuerpo muerto que, sin duda por arte mala, ha desaparecido del sitio en que le dejé, respondió Soto apeándose del caballo.

— Si se os ha perdido el cuerpo muerto, replicó Sotillo, en cambio habeis topado con un cuerpo vivo que desde este punto se va á convertir en vuestra propia sombra.

Al ver los gañanes á Soto cogiendo telarañas de tan extraña manera, le tuvieron por mas loco que á su compañero, y temiendo que todo aquel altercado acabase por una restitución de los escudos recibidos, tomaron silenciosamente la puerta del corral, y se volvieron á su labor, dejando á los dos contrincantes en libertad de pelarse las barbas á su placer. Solo quedó en el corral un mozo del lugar que habia entrado en pos de los gañanes, y el cual, puesto de codos en la ventana, observaba muy á su gusto, con desembarazo y campesina curiosidad, lo que en el aposento ocurría.

Sotillo repuso:

— Estoy pensando que vuesa merced le ha cobrado singular cariño á esta madriguera.

— Y vos á mi persona.

— Quiérola tanto, que si habitara vuesa merced esta casa, pidiérale un aposento en ella por no privarme de su trato y compañía.

— Pues si vuestras mercedes tienen con qué satisfacer el antojo, dijo á esta sazón el mozo, no hay sino decir esto quiero, porque esta casa está en venta y la vende don Gil el escribano, por encargo de su dueña la tia Perdiz, que vive en el Toboso. Y ahora, añadió el mozo, si vuestras mercedes quieren seguir mi consejo, salgan pronto de aquí, porque yo sé de un alguacil que diera algo bueno por conocer á unos caballeros que asaltaron anoche las tapias de este corral, y el cual no há mas de un cuarto de hora abandonó la custodia de esta casa para volver al punto, porque el alguacil que digo tiene orden del señor alcalde de estar al acecho de los salteadores.

Soto y Sotillo miraron al mozo; tosieron como si á un tiempo mismo se les hubiera atravesado una espina en la garganta, y trabando el uno de las riendas á su caballo y el otro del brazo á su competidor, salieron á buen paso de la casa, sin volver á despegar los labios.

A la puerta montaron á caballo, y así que se hubieron alejado á buen trote de las tapias del lugar, Soto tiró de improviso de las riendas y se detuvo en medio del camino. Imitóle Sotillo, y su rival mirándole de hito en hito le dijo:

— ¿Apostamos mi ejemplar de *Mingo Revulgo* contra el vuestro de *Tirante el Blanco*, á que os penetro y deletreo la intención como si estuviera leyendo en vuestro pensamiento?

— ¡Y luego dirán que mi señor don Diego de Soto no es hombre de sutil entendimiento! exclamó Sotillo. ¡Oh qué famoso zahorí! ¿Y puede saberse qué intención es esa que vuesa merced lee tan de corrido en mi interior?

— Ved si es esta punto por punto: vos habeis dicho para vuestro caletre: la justicia de Alcázar nos avizora á Soto y á mí; por lo que no hay que pensar en dar el tercer asalto á la casa donde se encierra el precioso tesoro. Pero á bien que ahí está en el Toboso la tia Perdiz, que es la dueña y señora de ese turgurio, del que piensa deshacerse por algunos escudos. No hay sino dar de cantonada á mi compañero, ó mejor diré á mi sombra, y tomar la vuelta del Toboso, donde en un volver de ojos cómprole la casa á la tia Perdiz, y álzome con todo lo que encierra en sus entrañas... ¿Qué tal, señor Sotillo? ¿No os parece que di en el hito?

— Paréceme, señor Soto, que habeis dado en lo vivo de vuestra propia intención; pero os quiero advertir que conmigo no han de valeros armas mañeras.

— Ni á vos conmigo; y os juro por quien soy que no habeis de ir solo al Toboso, pues desde este punto me constituyo, no digo en sombra, sino en apéndice y excrecencia de vuestra persona.

Sotillo se quedó pensativo y al cabo de un momento repuso:

— De ese modo ya comprendo que en esta guerra no caben celadas ni trampantojos.

— No caben, añadió Soto, porque ni vos me dejareis tomar la delantera, camino del Toboso, ni yo sentiré que os veais con la tia Perdiz antes que yo.

— ¿Y cómo os parece á vos que se dirima esta contienda?

— Dejándolo, si os parece, en manos de la suerte: el favorecido se vaya enhorabuena en busca de su ventura, y el otro se conforme con su mala estrella; que mas vale un alma en la gloria que dos en el purgatorio.

— Pues no se hable mas en ello, dijo Sotillo; echemos suertes, y á quien Dios se la dé, san Pedro se la bendiga.

Y dicho esto sacó unas monedas del bolsillo y acer-

cando su caballo al de Soto, mostróle á este el puño cerrado diciéndole:

— Pedid pares ó nones.

— Nones, dijo Soto cogiendo con ambas manos el puño de Sotillo.

Este abrió la mano y vieron que eran tres las monedas.

— ¡Perdi! exclamó Sotillo arrojándolas al suelo con enojo: vuestra es la tia Perdiz; así la vea yo arder en las hogueras de la santa inquisición. Id enhoramala á granjearos el tesoro que guarda esa bruja, y mal año para el villano que os engendró.

Y diciendo esto metió espuelas al caballo, y arrancó á galope tendido por el primer sendero que topó delante. Soto le siguió con la vista, y cuando le vió desaparecer á lo lejos detrás de un recuesto que habia en un recodo del camino, volvió riendas á su caballo y alejándose un buen trecho del pueblo, para mayor disimulo, describió un gran semicírculo á fin de penetrar por el opuesto lado en Alcázar de San Juan. Y andando su camino decía entre dientes:

— Anda que te lleve el diablo, truchiman, que esta vez has caído en la añagaza: revienta, si te place, tu fatigado rocin por llegar antes que yo al Toboso; pídele al rubio Apolo su cuadriga, ó su caballo á la fama voladora para disputarme el premio de la carrera; que yo sin tanta fatiga sabré ganarte por la mano.

Y al decir esto Soto se levantó sobre los estribos y estirando los brazos dió tres castañetas con los dedos de puro gozo.

## VI.

Entróse en el lugar y encaminándose al meson que ya conoce el curioso lector, en llegando mandó el caballo á la cuadra y preguntó al posadero:

— ¿Sabreis decirme dónde vive maese Gil el escribano?

— Hacedos cuenta que ya estais en su casa, respondió el mesonero, pues no dista de aquí mas de cincuenta pasos, y voy á mostrároslo desde la puerta.

— ¿Conocéis á maese Gil? tornó á preguntar Soto.

— Es hombre tratable?

— ¡Y cómo si le conozco! respondió el huésped, no le hay mas tratable que él en todo el lugar, ni se hallará en toda la Mancha cazador mas famoso.

— Basta, dijo Soto; mostrad la casa. El hostelero se la mostró desde la puerta, y así que hubo tomado las señas Soto salió presuroso en busca del escribano. Al llegar á la puerta de la casa preguntó á una mozueta que estaba en el patio repasando medias:

— ¿Está en casa maese Gil?

La mozueta alzó la vista, y despues de dar pasto á los ojos con la novedad de la figura que tenia delante, respondió con desembarazo:

— Señor padre está en el estudio: entre vuesa merced si quiere verle.

Y levantándose de la silla, guió á Soto hasta un aposento donde estaba maese Gil.

— ¡Seais bien hallado! exclamó el primero deteniéndose á la puerta. ¿Sois vos el escribano integérrimo, el cazador insigne, cuya destreza envidiara Nemrod y diera sombra y enojo á la misma Diana cazadora?

— Yo soy la persona que decís, si bien mejorada en tercio y quinto por el exceso de vuestro encomio, respondió el escribano, levantándose del sillón de roble y cuero en que estaba sentado. ¿En qué puedo servirvos?

— Yo me llamo don Diego de Soto, repuso este; soy un hidalgo acomodado, cuya casa solar radica en Ciudad Real, si no se han llevado ya hasta la última piedra una plaga de parientes, enemigos mortales de mi sosiego y consumidores de mi hacienda. Soy recién venido á este lugar, en donde quiero establecerme por huir de tan fiera calamidad: heme informado acerca de las personas cuyo trato pudiera ser mas de mi gusto, y me han nombrado la vuestra la primera.

— Estimó la honra, respondió el escribano, y ya me doy á entender que vuesa merced es gran cazador.

— Yo sé bien, repuso don Diego, que no he de llegaros ni al zancajo, y antes por el contrario espero mucho de vuestro consejo.

— Si en algo puedo seros de provecho, contad desde ahora con él, y con mi deseo de servirvos.

Rasgueados estos preludios en la vihuela de la cortesía, don Diego y maese Gil siguieron punteando sobre el tema de la caza, y en llegando al capítulo de los perros, dijo el escribano:

— Los dos mejores podencos que yo he visto nunca son los de Baltasar Turuleque, el herrador de la esquiná; ¡esos sí que ventean una pieza antes que salga del vientre de su madre! Y no mas lejos que ayer, me dijo el herrero que estaba resuelto á venderlos por sesenta escudos á quien se los quisiera comprar.

— ¿Y no caísteis en la tentación? preguntó Soto.

— Cayera en ella, repuso el escribano, á no detenerme en la orilla el obstáculo de los sesenta escudos; porque, á la verdad, señor don Diego, un escribano de Alcázar no es un fúcar.

Levantóse don Diego al oír esto, y pidiendo licencia á maese Gil para dejar por unos instantes su compañía, salió apresuradamente de la casa, con no poca sorpresa de su dueño, que no podia atinar la causa

de aquella súbita arrancada. Pero no tardó mucho tiempo en comprender el misterio, pues no habian pasado diez minutos cuando ya estaba de vuelta Soto, seguido de un mozo que traía dos perros atraillados.

— ¡Por vida mia! exclamó el escribano al verlos. ¿No son esos los podencos de Baltasar Turuleque?

— Ellos son, respondió Soto; y si quereis darme una prueba de que estimais en algo mi amistad, os ruego que acepteis el presente de estos maravillosos animales.

Al oír esto el escribano estuvo á punto de volverse loco de contento y no halló palabras con que significar el exceso de su gratitud. Así que se hubo moderado un poco el extremo de su alegría, Soto le dijo:

— Ahora bien, amigo y señor; si no lo llevais á mal hablaremos un poco en lo que me concierne. Ya os he dicho que vengo á trasladar mi residencia en este lugar.

— Y yo os digo que quisiera poder ofreceros los alcázares de la reina Semiramis, porque os alojárais en este pueblo á todo vuestro gusto y comodidad.

— Bastaráme una casa.

— Pues si otra cosa no desea vuesa merced, yo le buscaré la mejor del lugar antes que anochezca.

— Contentaréme, añadió don Diego, con la que vuesa merced tiene encargo de vender.

— ¿Con cuál?

— Con esa que, segun oí decir en la posada, pertenece á una tal tia Perdiz que vive en el Toboso.

— ¡La casa de la tia Perdiz! ¿Y vuesa merced se contentará con tan poca cosa?

— Y aun con menos.

— ¿Y hubiérais comprado esa pocilga?

— Por ser cosa vuestra.

— Duéleme en el alma; pero ayer mismo se la vendí al boticario de Consuegra.

— ¡Pecador de mí! exclamó Soto con el rostro hecho una hoguera, ¿eso habia y os lo teníais tan callado? ¡Mal haya vuestra cachaza y el menguado que os engendró! Venid acá, mentecato, cazador de lo ajeno, escribano rampante y embaidor, ¿por qué no empezábais por declarar que le habíais vendido la casa á ese envenenador de Madrideojos que Dios confunda? Juro á tal, don bergante, falsario, muñidor de la muerte, que he de publicar vuestras mañas por las cuatro partes del mundo.

— ¡Qué dice ese hombre! tartajeó el escribano al oírse tratar de aquella manera tan sin causa ni fundamento, ¡yo falsario, yo muñidor de la muerte, yo escribano rampante y embaidor!

Y viendo que Soto cruzaba ya el patio como una flecha, comenzó á dar voces diciendo:

— ¡Hola! ¡detengan á ese energúmeno; átenme á ese loco; persiganme á ese deshonor buenos!

— ¡Qué han de perseguir! gritó desde la puerta la hija de maese Gil, si en oyendo que vuesa merced ha vendido la casa de la tia Perdiz, no parece sino que á todo el mundo le nacen alas en los piés!

— ¿Por qué lo dices, hija Marica? dijo el escribano llegando muy descompuesto á la puerta de la calle.

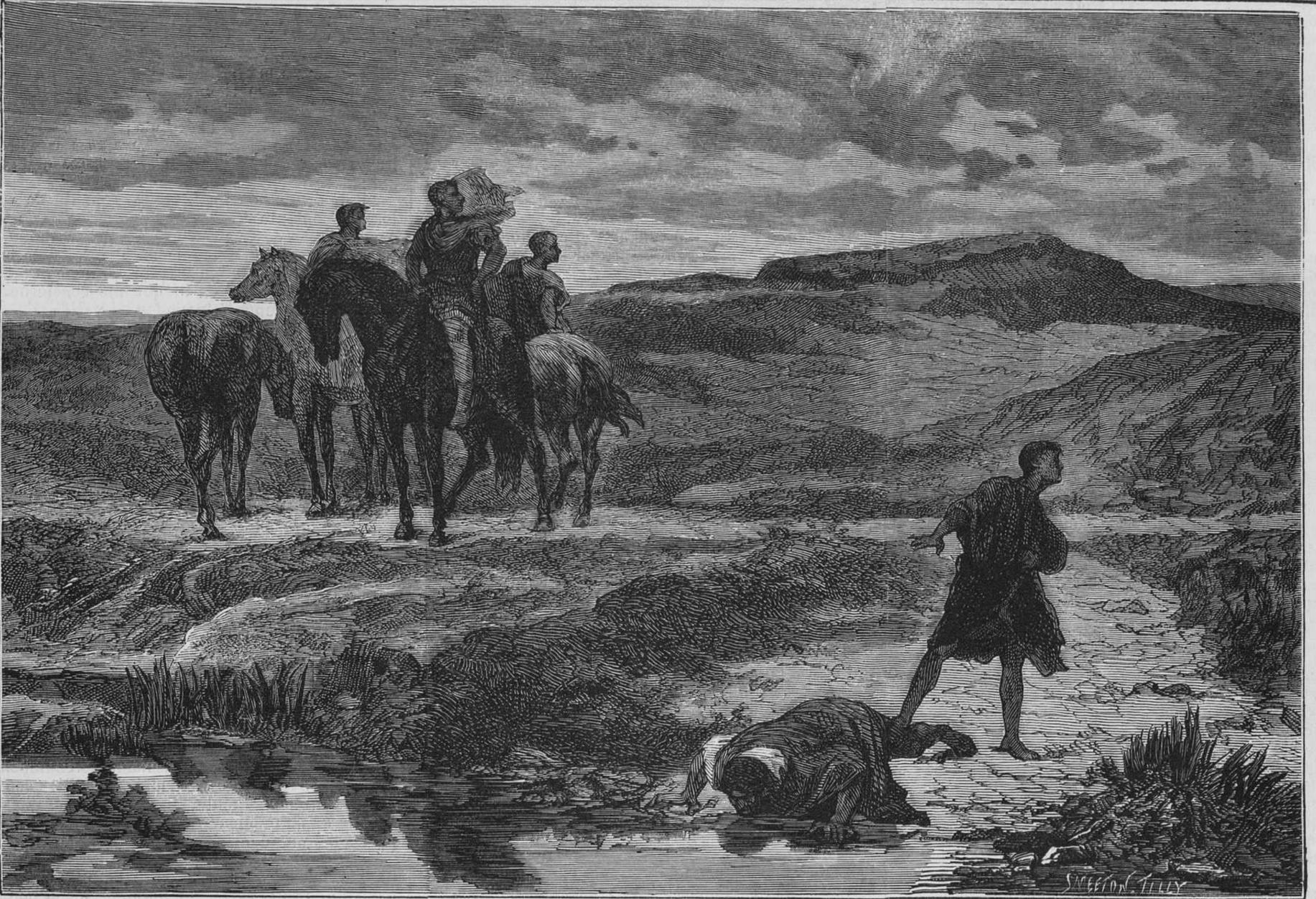
— Dígolo, respondió Marica, porque no hace un cuarto de hora se llegó á la puerta otro fantasma semejante á ese que le acaba de poner á vuesa merced como ropa de pascua: preguntóme si vivia aquí el escribano con quien se debía tratar de la compra de una casa perteneciente á la tia Perdiz del Toboso: respondíle que sí, pero que la tal casa estaba ya vendida á maese Barbola el boticario de Consuegra. En oyendo mi respuesta el hombre metió espuelas al caballo en que venia montado y tomó la calle abajo á galope, sin decirme Dios os guarde.

Mientras Marica referia esto á su padre, Soto llegó al meson, entróse en derecha en la cuadra, y ensillando atropelladamente su cabalgadura se disparó por las calles del lugar, sin curarse de las voces de un alguacil que le seguía de lejos gritando: ¡Téngase al rey! ¡Favor á la justicia! Así que se vió en el campo volvió á castigar los ijares de su cansado rocin, y no paró de correr hasta que puso una legua de por medio. Entonces se detuvo un momento para preguntar á unos pastores cuál era el atajo para ir á Consuegra, y satisfecho su deseo tornó á galopar de lo recio por un sendero que conducía al camino de aquel lugar.

Era la hora de medio día: el sol de la canícula vertía á plomo sobre la tierra sus rayos de oro fundido, y los insectos del campo entonaban su cantata diurna al celeste chicharrero. La vista corria sin consuelo por una llanura sin sombra, buscando en vano un recinto donde posarse, y las herraduras del caballo rebotaban sobre la tierra endurecida de los senderos, despidiendo relámpagos acerados. La brisa no exhalaba un suspiro, ni se movía cosa alguna en cuanto alcanzaban los ojos, á no ser las alas de algun buitre que pasaba, sesgando el vuelo, en busca de alguna presa. Los pájaros iban altos, buscando corrientes de aire junto á las nubes, y enviaban desde allí sus notas agudas y sutiles como hebritas de hilo de plata.

El caballo de Soto corria con desesperada energía, como si le sirviera de impulso el deseo de su jinete, y este, con el cuerpo casi tendido sobre el cuello del animal, devoraba con los ojos el horizonte encendido.

(Se concluirá.)



La fuga de Neron, Cuadro por M. Blanchard.



Una vision, Cuadro por M. Luc-Olivier Merson.



**Bellas Artes.**

**EXPOSICION DE LAS OBRAS ENVIADAS DE ROMA**

á la

ESCUELA DE BELLAS ARTES DE PARIS.

Esta exposicion es incompleta. Los dos pensionados escultores que mas se hicieron notar últimamente, nada nos han enviado : M. Mercié, el autor del *David sorprendido por la fiebre*, no ha concluido á tiempo su grupo alegórico *Gloria victis*, y M. Antonio Noel, autor de *la Muerta*, se ocupa en una composicion importante, *Romeo y Julieta*. No se perderá nada en esperar; mas sin embargo, esas dos ausencias hacen un gran vacío en el pequeño grupo de los estatuarios, que no nos presenta ninguna obra capital.

Una sola figura, estatuilla mas que estatua, *Jóven de los Abruzzos*, por M. Allard, es la única obra de que puede hablarse. Seguramente, es un buen estudio : la actitud es natural, el esfuerzo está bien indicado, y hay armonia en su aspecto, no obstante algunos excesos de exactitud en la proporcion de la cabeza y los pies demasiado abultados para los años que la figura representa. No es esto decir que el escultor sea ya un maestro.

Seria de desear una personalidad mas acusada, mas correccion y un sentimiento mas nuevo en el bajo-relieve medallon *la Santa Familia*, expuesto por M. Lafrance. Miguel Angel, en la actitud austera y pensativa de la Virgen, Rafael, en la disposicion del precioso grupo infantil, y Donatello, en ciertas delicadezas de relieve y de modelo, han contribuido de un modo harto visible á la ejecucion de esa bonita obra, concebida con vista del mejor estilo florentino. Por este trabajo es difícil juzgar cuál será la direccion que tomará M. Lafrance.

M. Soldi, grabador de medallas, demuestra mejor sus preferencias, ateniéndose siempre al Renacimiento florido de los Médicis y de los Valois; sus elegantes y recargadas composiciones convienen mas á la pintura decorativa que al grabado de historia; sin embargo, son interesantes porque atestiguan buenos estudios en un campo bien determinado.

La *Gallia*, cabeza belicosa con un gallo heróico, tiene cierta poesia orgullosa, y con algunas supresiones de detalle seria excelente la *Medalla conmemorativa de la reconstruccion de los monumentos de Paris*.

De todos estos jóvenes artistas, el que mas se adelanta en la via que ha emprendido, es M. Blanc, el autor del *Perseo* (1870) y del *Robo del Paladion* (1872). Su vasto cuadro bosquejado, *la Invasion*, es el mejor esfuerzo hácia el arte heróico y monumental que se haya hecho en Roma en los últimos años. En una ciudad griega tomada por asalto, en Atenas, la grande civilizadora, hollada y mancillada, un triunfador se dirige hácia la Acrópolis : el César romano, sanguinario y panzudo, coronado de laureles.

Escortado por sus mercenarios y precedido por el ruido de las trompetas de bronce, sube en la sangre la santa cuesta del Partenon, y empuja su caballo al través de las ruinas. En torno del vencedor yacen los trofeos de la victoria, cadáveres despojados, mujeres con la cabellera destrenzada, niños llorando; y la apoteosis se acaba en las alturas del bello paisaje, con templos incendiados, destruccion de estatuas y hundimientos de casas. Evidentemente M. Blanc se inspira en la gran tradicion de Miguel Angel y de Julio Romano.

¿Se puede decir lo mismo de M. Blanchard? Su fácil habilidad debe alarmarnos. Lo que hace está bien; pero le falta carácter. *La Fuga de Neron*, que atrae á los visitantes, es una composicion recomendable, por-

que es dramática sin exceso, y porque está bien pintada; pero sin duda se podria exigir en ella mas estilo, mas vigor luminoso, esas cualidades que M. Blanchard reproduce tan bien cuando copia á los grandes maestros.

¿Qué diremos ahora de M. Luc-Olivier Merson, cuya *Vision* legendaria llama la atencion mas por su extrañeza arcaica que por sus verdaderas cualidades de composicion y de ejecucion? Hay muchos defectos en todas las figuras, en la santa, en el Crucificado, en las apariciones celestes; y sin embargo, no es una obra ordinaria, pues se nota en ella el trabajo de un artista que estudia y admira, aunque todavia se halla inseguro en su camino.

Los envios de los arquitectos son interesantes, y entre ellos citaremos para concluir, *la Restauracion de las Termas de Tito*, por M. Leclercq, y *la Restauracion del palacio de los Césares*, por M. Dutert.

J. L.



*Jóven de los Abruzzos*, por M. Allard.

**Cuentos de Hoffmann.**

MARINÓ FALIERO, DUX XLIX.

(Continuacion. — Véase el número 1,037).

Niccolo al oírlo se quedó petrificado de terror, y Beltramo, despues de habérselo revelado todo, le suplicó que guardase silencio, manifestándole que si habia dado aquel paso habia sido únicamente para salvarle la vida, recomendándole nuevamente que de manera alguna saliese de su casa el dia señalado.

Beltramo iba á retirarse, pero Niccolo mandó á sus criados que le prendiesen y encerrasen con gran vigilancia, y corriendo en seguida á casa de Giovanni Gradenigo Nassoni, que despues fué nombrado dux y que tambien vivia en Santo-Stéfano, y le contó cuanto acababa de suceder.

Ambos juzgaron esta revelacion tan importante como lo era en realidad, y se marcharon juntos en busca de Marco Cornaro, que habitaba en San Felice, y despues de habérselo contado todo, se volvieron los tres á casa de Niccolo Lioni para interrogar á Beltramo.

Terminado el interrogatorio y enterados de cuanto pudieron arrancarle, le dejaron en su encierro, se fueron á la sacristía de San Salvador, y enviaron á sus agentes á convocar á los consejeros, los *avogadori*, los jefes del consejo de los Diez y los del gran Consejo.

Reunidos todos, se les comunicó la novedad y todos quedaron estupefactos. Entonces acordaron mandar llamar á Beltramo, le examinaron y quedaron convencidos de la verdad de cuanto decía.

A pesar de la turbacion que embargaba los ánimos de todos, como era consiguiente, tomáronse cuantas providencias eran posible, llamáronse á los jefes de los *Cuarenta*, á los *jefes de la noche*, *signori di notte*, los *capi di Seltiere* y los cinco mil de la paz, con órden de unir á sus soldados algunos hombres de valor y lealtad acreditada, para que fuesen á las casas de los jefes de la conspiracion para asegurarse de sus personas; hizose otro tanto con el jefe del arsenal, con objeto de impedir toda empresa de parte de los conspiradores.

Al oscurecer, la Asamblea se reunió en palacio, hizo cerrar todas las puertas, y envió una órden expresa al guardian de la torre para que de ninguna manera se tocara la campana.

Todo se ejecutó con la mayor puntualidad, y á aquella hora se hallaban ya presos los conjurados y habian sido conducidos á palacio. El consejo de los Diez, viendo que el dux era uno de ellos, resolvió asociarse de veinte de los mas respetables ciudadanos de Venecia para deliberar sobre el partido que seria conveniente adoptar, pero sin darles por eso voto.

Aquella misma noche y una hora antes de amanecer, se celebró esa reunion á la que asistieron esas personas auxiliares, pero de la que fueron excluidos todos los individuos de la familia Faliero.

Llamóse á este, el cual se hallaba en aquel momento en su palacio, rodeado de personas de alta categoría, pero ignorantes todos de cuanto ocurría.

Al mismo tiempo Bertuccio Israelo, uno de los jefes de la conjuración, encargado de guiar algunos grupos á Santa-Croce, fué preso y cargado de cadenas, llevándole ante el consejo.

Zanello del Brin, Nicoletto di Rosa, Nicoletto Alberto y Guardiaga fueron tambien presos y ahorrados, como tambien multitud de marinos y ciudadanos de elevada categoría.

Terminado su interrogatorio, no quedó ya la mas mínima duda sobre la existencia de la trama.

El 16 de abril el consejo de los Diez pronunció una sentencia condenando á Felipe Calendaro y á Bertuccio Israelo á ser ahorcados del balcon de palacio de donde el dux acostumbraba presenciar las corridas de toros, y fueron con efecto ajusticiados con una mordaza en la boca.

Al dia siguiente fueron condenadas las personas siguientes: Niccolo Zuccnolo, Nicoletto Blanco, Nicoletto Doro, Marco Giuda, Jacomello Dagolino, Nicoletto Fedele, hijo de Felipe Calendaro; Marco Torello, Stéfano Trivisano y Antonio dalle Bende, los cuales fueron cogidos todos en Chiozza, por donde trataban de fugarse.

En cumplimiento de la sentencia del consejo de los Diez fueron ahorcados en los dias siguientes, unos solos y otros dos á dos, en las columnas del palacio, empezando en la encarnada y siguiendo á lo largo del canal.

Los demás presos fueron puestos en libertad, porque aunque se contaba con ellos para la conspiracion, no habian tomado verdaderamente parte en ella.

El viernes 16 de abril el consejo de los Diez pronunció una sentencia condenando al dux Marino Faliero á ser decapitado, disponiendo que la ejecucion tuviese lugar en la meseta de la escalera de piedra, donde los dux acostumbraban prestar su juramento al ser investidos de su suprema dignidad.

Al dia siguiente á eso de las doce fué ajusticiado el dux, permaneciendo cerradas las puertas del palacio. Quitósele el birrete de dux al llegar á la meseta de la escalera, y terminado el suplicio, dícese que un individuo del consejo de los Diez se adelantó hácia las columnas exteriores del palacio que dan á la plaza de San Marcos, y que mostrando al pueblo la hoja ensangrentada, gritó:

— El traidor ha sufrido su castigo.

En aquel momento se abrieron las puertas del palacio, y la muchedumbre se precipitó dentro de él para ver los restos del desgraciado Marino.

Todas las tierras y posesiones del dux, así como las de los demás conjurados, se confiscaron en favor de la República, concediéndose por el consejo de los Diez al dux, como gracia, el permiso de disponer de dos mil ducados.

Dispúose tambien que todos los consejeros y *avogadori*, individuos del consejo de los Diez y de la Asamblea que habian concurrido á la condenacion del dux y de los demás conjurados, tuviesen el privilegio de llevar dia y noche armas en Venecia y desde Grado hasta Cavazere, y de tener dos criados tambien armados, con tal que viviesen con ellos.

Después de la ejecucion de los conjurados y del dux, la República gozó de una paz profunda.

Una antigua crónica refiere que el cuerpo del dux fué colocado en una barca iluminada por ocho antorchas, y conducido á su tumba en la iglesia de San Juan y San Pablo. Esta tumba subsiste todavia en medio de la iglesia de Santa Maria de la Paz, mandada construir por el obispo Gabriel de Bérgamo, y consiste en un sepulcro de piedra, sobre el cual se lee esta inscripcion:

*Hic jacet dominus Marinus Faliero, dux.*

Su retrato no está en la sala del gran consejo, sino tan solo la siguiente inscripcion en el lugar que debió ocupar:

*Hic est locus Marinus Faliero, decapitati pro criminibus.*

Se cree que su casa fué dada á la iglesia de Sant-Apostolo, pero esta es una opinion inexacta, porque el gran edificio que se eleva junto al puente ha pertenecido siempre á la familia Faliero. No debe dejarse de consignar aquí lo que muchos querian grabar en el sitio destinado para el retrato del dux:

*Marinus Faliero dux: temeritas me cepit, penas lui, decapitatus pro criminibus.*

Yo Marino Faliero dux, fui temerario, pero purgué mi delito siendo decapitado.

Habiase compuesto tambien el siguiente distico para su sepulcro:

*Dux venetum jacet hic: patriam qui proderet tentans, Sceptra, decus, sensum perdidit atque caput.*

Aquí yace el dux de los venecianos: quien tratando de vender á su patria perdió cetro, honra, juicio y vida.

## LA SEÑORA DE SCÚDERI.

### I.

En la calle de San Honorato estaba situada la pequeña casa en que vivía la señora de Scúderi conocida por sus escritos y por el favor que le dispensaban Luis XIV y madama de Maintenon.

En el otoño de 1680, á cosa de media noche, oyóse llamar tan fuertemente á la puerta de dicha casa, que el ruido de los golpes resonó en todo el piso bajo.

Bautista, que en la modesta vivienda de la señora de Scúderi servía á un tiempo de cocinero, lacayo y portero, habia obtenido de su señora permiso para marcharse á su país á asistir á las bodas de su hermana, y la Martinière, doncella de la señora de Scúderi, estaba sola y despierta de la casa. Al oír llamar á la puerta con tan redoblados golpes se acordó al momento de que habiéndose ausentado Bautista, se hallaba sola con su señora en la casa sin tener quien las defendiese. De repente vinieron á su memoria todas las historias de crímenes, robos y asesinatos que ocurrían entonces con tanta frecuencia en Paris. Imaginóse que una gavilla de malhechores, enterados de la soledad que reinaba en la casa, querían penetrar en la casa con siniestra intencion, por lo cual permaneció en su cuarto trémula y agitada, maldiciendo á Bautista y el casamiento de su hermana. Sin embargo, los golpes resonaban cada vez con mas esfuerzo, y en los intervalos de unos á otros le parecia oír una voz que gritaba:

— Abrid. en nombre de Cristo, abrid.

— Los ladrones, se dijo á sí propia, no hablan de este modo: ¿quién sabe si será algun desgraciado que se ve perseguido y trata de buscar un refugio junto á mi señora, tan dispuesta siempre á hacer bien? Pero seamos prudentes.

Abrió una ventana, y ahuecando todo lo que pudo su voz, á fin de prestarle un eco varonil, preguntó que quién armaba semejante alboroto en medio de la noche despertando de aquella manera á todo el mundo. A la luz de la luna que en aquel momento asomaba por entre las pardas nubes, columbró un bulto de alta estatura, envuelto en un manto gris y cubierto con un ancho sombrero que debería cubrirle el rostro hasta los ojos. Ella entonces gritó de nuevo, pero de modo que se la oyese bien en la calle:

— Bautista, Claudio, Pedro, levantaos y venid á ver quién es ese ganapan que llama á la puerta.

Una voz dulce y casi lastimera le contestó en tono bajo:

— ¡Ah! la Martinière, ya sé que sois vos, aunque hagais por disfrazar la voz; sé tambien que Bautista está en su tierra y que vos estais ahora sola con vuestra señora. Abridme por favor y nada temais; necesito hablar al instante á vuestra señora.

— ¿Estais en vuestro juicio? repuso la Martinière. ¿A estas horas? ¿Ignorais acaso que hace largo rato que está durmiendo y que por nada en el mundo interrumpiria yo su sueño de que tanto necesita á su edad?

— Ya sé, respondió la persona que se hallaba al pié de la ventana, que vuestra señora acaba de dejar á un lado su novela *Clelia*, en la que incesantemente trabaja, y que en este momento está escribiendo unos versos que debe leer mañana en casa de la señora marquesa de Maintenon. En nombre del cielo, señora Martinière, tened piedad de mí y abridme la puerta. Sabed que se trata de salvar á un desgraciado; que el honor, la libertad, la vida misma de un hombre depende de las palabras que tengo que decir á vuestra señora: mirad que su cólera pesaria siempre sobre vos si llegase á saber que habeis cerrado despiadadamente la puerta de su casa á un desgraciado que venia á implorar su socorro.

— Pero ¿por qué habeis escogido una hora tan intempestiva? Volved mañana por la mañana.

— ¿Cuando la desgracia nos hiere con la rapidez del rayo, se entretiene quizá en medir el tiempo? Abridme, nada temais de un infeliz abandonado del mundo entero, perseguido, sin amparo, y que en medio de la

angustia de su horrible situación viene á suplicar á vuestra señora que le salve de un inminente peligro.

La Martinière le oyó suspirar profundamente al pronunciar estas palabras, y como el sonido de su voz era dulce y penetrante, sintióse verdaderamente comovida, y sin vacilar ya por mas tiempo, bajó con sus llaves.

Apenas se abrió la puerta, cuando el hombre de la capa entró impetuosamente, y precipitándose en el zaguan delante de la Martinière, le dijo con voz agitada:

— Conducidme al lado de vuestra señora.

La Martinière levantó con espanto la bugia que llevaba en la mano, y al resplandor de aquella distinguió un rostro jóven, pero pálido como la muerte y horriblemente alterado. Un terror profundo se apoderó de ella al desembozarse aquel hombre y al ver brillar entre los pliegues de su jubon la punta de un estilete.

El desconocido fijó sus ojos brillantes en ella, y exclamó con una voz mas violenta todavia:

— Conducidme, os repito, junto á vuestra señora.

La Martinière se creyó entonces expuesta á uno de los mayores peligros. Su amor hácia la señora de Scúderi, á la que veneraba como á una madre, conmovió entonces fuertemente su corazon y le prestó un valor del que no se hubiera creído nunca capaz: cerró pues con viveza la puerta de la estancia que habia dejado abierta, y colocándose en el umbral, dijo con voz firme al extranjerero:

— Vuestra loca conducta en esta casa no está muy en armonía con las suplicantes palabras que me dirigisteis desde la calle y que excitaron por desgracia mi compasion. No, no, vos no vereis á mi señora; si es cierto que no abrigais algun culpable designio, no debeis temer la luz del dia: podeis volver mañana para explicar vuestros deseos; pero ahora lo que debeis hacer es marcharos.

El desconocido suspiró profundamente, y echando mano á su puñal, dirigió una espantosa mirada á la Martinière, la que encomendó en silencio su alma á Dios, sin perder por eso su serenidad, y apoyándose con mas fuerza en la puerta del cuarto por el cual era necesario pasar para llegar hasta la señora de Scúderi,

— Dejadme ver á vuestra ama, volvió á gritar.

— Haced lo que querais; no me muevo de aquí. Completad la mala accion que habeis empezado, y morireis afrentosamente en la plaza de Grève como vuestros infames cómplices.

— ¡Ah! teneis razon, la Martinière; estoy armado como un asesino y tengo toda la traza de un bandido; pero aquellos á quienes llamais mis cómplices ni han sido ni serán ajusticiados.

Al pronunciar estas palabras miró con ferocidad á la pobre mujer, y desenvainó el puñal.

— ¡Jesús! exclamó ella esperando el golpe mortal; y al mismo tiempo se oyó en la calle rumor de armas y caballos. ¡La ronda! ¡la ronda!... ¡Socorro! ¡socorro! gritó la Martinière.

— ¡Miserable! ¿Quieres que me maten?... Bien, ahora todo ha concluido; toma, toma, da esto á tu ama esta misma noche... mañana si quieres...

El desconocido, pronunciando estas palabras en voz baja, arrancó el candelabro de la mano de la Martinière, y apagando la luz entregó una cajita á la honrada criada.

— Por la salvacion de tu alma, añadió, haz lo que te digo; y se precipitó fuera de la casa.

La Martinière cayó en el suelo, levantóse con trabajo, y andando á tientas en la oscuridad, consiguió llegar á su cuarto, donde se echó casi sin poder hablar sobre un sillón.

De repente oye dar vueltas á la llave que habia dejado en la cerradura, la puerta se vuelve á cerrar, y escucha pasos ligeros y vacilantes en direccion á su cuarto. Clavada en su asiento y sin ánimo para moverse, esperaba lo peor que podia sucederle; pero cuál fué su sorpresa al ver abrirse la puerta y al reconocer á la luz de la lámpara al honrado Bautista, cuyo semblante estaba pálido como el de un cadáver, y sumamente alterado.

— En nombre de todos los santos, gritó este, señora Martinière, decidme lo que ha pasado. ¡Ah! el miedo... el... yo no puedo explicarme qué lo causaba; pero lo cierto es que ayer noche abandoné el baile, y que al entrar en la calle dije para mí: La señora Martinière tiene el sueño ligero, y si llamo suavemente á la puerta me oirá y me dejará entrar. En esto una gran patrulla de soldados de caballeria é infanteria armados hasta los dientes me coge y no me suelta; pero afortunadamente el teniente Desgrais, que me conoce mucho, se hallaba en aquel sitio.

— ¿Cómo, Bautista, me dijo mientras me tenían la linterna pegada á las narices; eres tú? ¿De dónde vienes de este modo y á estas horas? Ten juicio, estate en casa y guárdala bien. Aquí no se está bien, y esperamos esta noche hacer una buena presa.

No podeis figuraros, señora Martinière, el efecto que me produjeron estas palabras; llego al umbral de nuestra casa, de la que sale apresuradamente, envuelto en una capa y puñal en mano, un hombre que me derriba: la puerta está abierta, la llave en la cerradura, explicadme qué significa esto.

Vuelta en sí de su mortal susto, la Martinière le contó lo que habia ocurrido, bajando en seguida con él al zaguan, donde encontraron el candelero que el desconocido habia arrojado al escaparse.

— Es por desgracia cierto, dijo Bautista, que nuestra señora debía ser robada y degollada esta noche; este hombre sabia, segun lo que me habeis contado, que estabais las dos solas, y tampoco ignoraba que la señora velaba escribiendo. Era sin duda uno de esos malditos malhechores que penetran en el interior de las casas investigando en ellas con una singular habilidad todo aquello que pueda serles útil para ejecutar luego alguno de sus diabólicos proyectos. Lo mejor seria, señora Martiniere, que arrojáramos esta cajita en lo mas hondo del Sena. ¿Quién nos asegura que algun miserable no trama algun complot contra nuestra querida ama? ¿Quién al abrir esta cajita no puede caerse muerto como el viejo marqués de Tournay al abrir aquella carta que le entregó una mano desconocida?

Despues de una larga deliberacion, aquellos fieles criados resolvieron contar por la mañana á la señora de Scúderi todo lo que habia pasado, y entregarle la misteriosa cajita, rogándole que la abriese con las debidas precauciones.

Ambos al acordarse con todos sus detalles de la aparicion del sospechoso desconocido, se persuadieron de que habia alguna secreta intriga que no les era dado adivinar, y cuya explicacion tal vez hallaria su ama.

## II.

Las inquietudes de Bautista eran muy fundadas. En aquella época Paris era el teatro de los mas espantosos crímenes, y se consumaba toda clase de atentados por medio de las mas satánicas invenciones.

Un boticario aleman, llamado Glazer, el mejor químico de su siglo, se hallaba consagrado á la alquimia, segun acostumbraban la mayor parte de las gentes de su profesion. Esperaba encontrar la piedra filosofal, y un italiano llamado Exili se habia asociado á sus trabajos.

Pero para este el arte de hacer oro no era mas que un pretexto; trataba únicamente de aprender la mezcla y composicion de las sustancias venenosas de que Glazer necesitaba valerse en sus experimentos, llegando por último á saber preparar el veneno sutil, que carece de olor y sabor, que mata gradualmente ó en el acto, que no deja señal alguna en el cuerpo humano, que engaña la ciencia y malicia de los médicos, dando á un asesinato todas las apariencias de una muerte natural.

A pesar de las muchas precauciones que tomó Exili para sus ensayos, se le acusó de vender venenos, y fué en su consecuencia encerrado en la Bastilla. En el cuarto que ocupaba fué encerrado tambien poco despues el capitán Gandens de Sainte-Croix, el cual habia estado largo tiempo en relaciones con la marquesa de Brinvilliers, con grave escándalo de esta respetable familia.

El marqués habia permanecido indiferente á pesar de la conducta de su esposa. Dreux de Bray, lugar-teniente civil de Paris, padre de la señora de Brinvilliers, se habia visto obligado á firmar una orden de encierro contra el capitán para separarle de su hija.

Apasionado, débil, devoto, hipócrita, arrebatado y entregado desde su mas tierna juventud á toda clase de vicios, celoso é implacablemente vengativo, el capitán debia estimar como una verdadera ventura el conocer los diabólicos secretos de Exili, que le proporcionaban los medios de aniquilar á sus enemigos. Hizose el discípulo querido del italiano, y en breve igualó hasta tal punto á su maestro, que cuando este recobró su libertad, el capitán se encontró ya en estado de poder trabajar por sí solo.

La Brinvilliers era una mujer desmoralizada, y Sainte-Croix la convirtió en un monstruo: empezó por hacerle envenenar á su propio padre, en cuya casa vivia, y cuya ancianidad aparentaba cuidar con la mas horrible hipocresía; despues la hizo seguir con sus dos hermanos, y por último con su hermana.

La infame hizo morir á su padre por espíritu de venganza, y á sus tres hermanos por la codicia de heredar su cuantiosa herencia.

La historia de muchos envenenamientos prueba horriblemente que la mayor parte de los crímenes de este género son hijos de un deseo infernal creciente é irresistible que se apodera de algunas personas, de tal manera, que es evidente que los envenenadores han sacrificado á multitud de seres cuya muerte les era de todo punto indiferente; que han cometido su infame delito sin objeto alguno ulterior, movidos solo por ese encanto que arrastra al alquimista á hacer, para recrearse, sus experimentos.

La muerte repentina de muchos pobres del hospital hizo sospechar que los panes que la señora de Brinvilliers distribuía semanalmente para que se la considerase como un modelo de caridad y de sentimientos religiosos, estaban envenenados. Lo que sí hay de cierto es que ella envenenaba los pasteles de pichones con que obsequiaba á sus convidados, y que el caballero Guay y muchos otros fueron víctimas de sus malditos banquetes.

Sainte-Croix, su cómplice la Chaussée y la Brinvilliers, supieron durante largo tiempo envolver en un velo impenetrable sus espantosas atrocidades. Pero ¿qué astucia hay en el mundo bastante á contener el fallo de la justicia eterna, cuando esta ha resuelto castigar el fallo en esta vida?

Los venenos preparados por Sainte-Croix eran de

una naturaleza tan sutil, que en aspirando una sola vez el polvo denominado por él *polvos de herencia*, se moria instantáneamente.

Para hacer sus experiencias Sainte-Croix, se cubria el rostro con una máscara de vidrio; pero un día, en el momento mismo en que estaba llenando una redoma de los polvos que acababa de confeccionar, se le cayó la careta, y la exhalacion del veneno mató en el acto al criatural.

Como este no dejaba ningun heredero, la justicia se apresuró á inventariar y á sellar todos los objetos de su morada. Hallóse en un cofre cerrado toda aquella reunion infernal de sustancias venenosas empleadas por Sainte-Croix, y las cartas de Brinvilliers, que no dejaron la menor duda de su criminalidad. Huyóse á Lieja, refugiándose en un claustro; pero Desgrais, sargento de la ronda de la ciudad, fué enviado en su persecucion, y presentándose disfrazado de clérigo en el retiro que ella habia escogido, consiguió entablar una intriga amorosa con aquella perversa mujer, y atraerla á un jardín solitario para una cita secreta fuera de las puertas de la ciudad.

Apenas acudió al lugar designado, cuando se vió rodeada por los arqueros de Desgrais; el galante eclesiástico se convirtió de repente en un severo instrumento de la autoridad, y obligándola á subir inmediatamente en un carruaje prevenido de antemano, la condujo á Paris en medio de una buena escolta. La cabeza de la Chaussée habia ya caído en el cadalso; la Brinvilliers sufrió el mismo suplicio, y su cuerpo fué quemado despues de la ejecucion, arrojándose al viento sus cenizas.

Los habitantes de Paris suspiraron al saber la muerte de aquel monstruo que dirigia impunemente sus traidoras armas contra amigos y enemigos. Pero bien pronto se supo que los espantosos secretos del malvado Sainte-Croix, sobrevivian á los que los habian empleado.

La muerte se deslizaba como un fantasma invisible en los círculos mas íntimos bajo la máscara de la amistad, del parentesco, del amor, y se apoderaba con mano segura y rápida de sus desgraciadas victimas.

A este, que se le habia visto la vispera lleno de vida y salud, se la encontraba al día siguiente débil y enfermo, sin que fuese parte á salvarle toda la ciencia de los médicos. La riqueza, un empleo importante, una mujer demasiado jóven y bella, bastaban para producir esta sentencia de muerte: una profunda desconfianza rompía los lazos mas sagrados; el esposo temblaba delante de su esposa, el padre delante del hijo, la hermana delante del hermano. En los banquetes que uno daba á sus amigos quedaban intactos los manjares y el vino, y en las reuniones animadas antes por el chiste y la alegría, todas las miradas inquietas no buscaban entonces mas que el rostro de un envenenador. Frecuentemente las mas tenaces precauciones eran inútiles.

Para contener este azote que crecia sin cesar, el rey instituyó un tribunal de justicia especial, encargado exclusivamente de indagar y castigar estos misteriosos crímenes. Este tribunal, conocido con el nombre de *Cámara ardiente*, celebraba sus sesiones no lejos de la Bastilla, y era presidido por la Reinie, cuyo celo y cuyos esfuerzos fueron por largo tiempo infructuosos. Estaba reservado al sagaz Desgrais el descubrir las trincheras mas ocultas del crimen.

En el barrio de San German vivia una vieja llamada la Voisin, cuyo oficio era decir la buena ventura y conjurar los diablos con la ayuda de sus dos camaradas *el sabio y el vigoroso*, asustando á personas que no eran ni muy crédulas ni muy tímidas.

Pero su saber no se limitaba á esto: discípula de Exili, como Sainte-Croix, preparaba del mismo modo que este un sutil veneno que no dejaba rastro alguno, proporcionando á los hijos desnaturalizados el medio de gozar mas pronto su herencia, y á algunas mujeres culpables el de unirse nuevamente á un esposo mas jóven.

Desgrais penetró este misterio; la Voisin lo confesó todo, y fué condenada por la Cámara ardiente á ser quemada en la plaza de Grève.

Encontróse en su casa una lista de todas las personas que habian concurrido á ella, y no solamente se sucedieron ejecuciones á ejecuciones, sino que las mas graves sospechas recayeron sobre los mas elevados personajes. Por esto creyóse que el cardenal Bourry habia hallado en casa de la Voisin una receta infalible para hacer morir prontamente á todos aquellos á quienes se veia en la necesidad de pagar pensiones por su arzobispado de Narbona.

Por esto la duquesa de Bouillon y la condesa de Soissons, inscritas en la lista fatal, fueron acusadas de haber estado en relaciones con la infame Voisin; y Francisco Enrique de Montmorency, duque de Luxemburgo, par y mariscal de Francia, se vió herido tambien por los rigores de una cruel sospecha.

La terrible Cámara ardiente le persiguió, y él se presentó voluntariamente en la Bastilla en calidad de preso, en cuya fortaleza el odio de Louvois y de la Reinie le relegó á un calabozo de seis piés, en el que pasó muchos meses antes de poder demostrar su inocencia. Solo una vez se habia hecho decir su horóscopo por *el sabio*.

Es muy cierto que un celo excesivo arrastró á la Reinie á varios actos de violencia y crueldad, y que su tribunal tomó poco á poco el carácter de inquisitorial. La menor sospecha era suficiente para justificar un rigoroso encierro, y á menudo se fiaba al aca-

so el cuidado de acreditar la inocencia del acusado. Además, la Reinie era de un aspecto desagradable y de un carácter malo é hipócrita, lo que le atrajo muy pronto el odio de todos aquellos cuyo vengador ó apoyo estaba llamado á ser.

Cuando preguntó á la duquesa de Bouillon si habia visto al diablo, ella respondió:

— *Me parece que le estoy viendo ahora.*

Mientras que la sangre de los culpables y sospechosos corria á arroyos por la plaza de Grève, y mientras que los envenenamientos se iban haciendo cada vez mas raros, otro azote tambien terrible vino á sembrar el espanto y la consternacion en la ciudad. Una cuadrilla de bandoleros parecia haberse propuesto apoderarse de todas las alhajas que contenia Paris. Comprábase un aderezo, y apenas se hallaba en poder de su dueño, cuando desaparecia de una manera incomprendible por mas precauciones que este adoptase para guardarlo, siendo lo peor del caso, que el que de noche se atrevia á salir á la calle llevando alguna joya encima, era infaliblemente despojado de ella ó asesinado.

Los que habian tenido la singular ventura de escapar con vida de tan apretado lance, contaban que habian sentido repentinamente un enorme puñetazo sobre su cabeza que los habia dejado del todo aturdidos, y que al volver en sí se encontraron sin alhaja y transportados á otro lugar distinto de aquel en donde fueron atacados.

Los cadáveres que se encontraban casi todas las mañanas por las calles ó en el interior de las casas, tenian todos la misma herida, una puñalada en el corazon, y tan honda y bien dirigida, que segun la opinion de los médicos, el herido habria debido morir sin pronunciar una sola palabra. ¿Quién en la voluptuosa corte de Luis XIV no se hallaba empeñado en alguna misteriosa intriga de amor? ¿Quién no se deliciaba de noche furtivamente en casa de su querida para llevarle un magnífico regalo? Hubiérase podido decir que los ladrones tenian pacto con los espíritus invisibles; de tal modo sabian lo que en Paris debia ocurrir. Frecuentemente el desgraciado no llegaba á penetrar en la casa donde esperaba gozar de las delicias del amor. Mas de una vez caía sobre el umbral, á la puerta mismo de su querida, que tropezaba con terror en el sangriento cadáver.

En vano el lugar-teniente de policia d'Argenson hizo prender á todas las personas sospechosas de Paris; en vano la Reinie furioso se empeñaba en arrancar confesiones á los acusados; en vano se doblaron las centinelas y patrullas, porque no fué posible dar con la huella de los malhechores.

El único medio de precaverse contra el peligro, era salir armado hasta los dientes y hacerse acompañar por un criado con una antorcha; y sucedió mas de una vez que aquel fué derribado á pedradas y el amor robado y asesinado en el acto. Lo mas extraño de todo era que á pesar de las continuas investigaciones y pesquisas hechas en todos los parajes en que se traficaba con piedras preciosas, no se habia encontrado jamás una sola alhaja robada, ni adquirido por consiguiente el menor indicio que pudiese conducir al descubrimiento de los crímenes que se cometian. Desgrais echaba espuma de rabia al ver que los malhechores frustraban todas sus estratagemas. El barrio de la ciudad donde él se colocaba en observacion era perdonado; pero en todos los demás los bandidos atesoraban rico botín.

Llegó á discurrir el hacer muchos Desgrais, tan perfectamente parecidos á él, en el aire, en el traje, en el eco de voz y hasta en la fisonomía, hasta el extremo de que sus mismos arqueros no sabian cuál era el verdadero. Durante este tiempo se deslizaba solo con riesgo de su vida por los parajes extraviados, siguiendo á la larga á alguno que de orden suya llevaba un magnífico aderezo; pero el que marchaba así delante de él no era atacado jamás; los bandidos conocian el lazo que les tendia el sargento, y Desgrais se desesperaba.

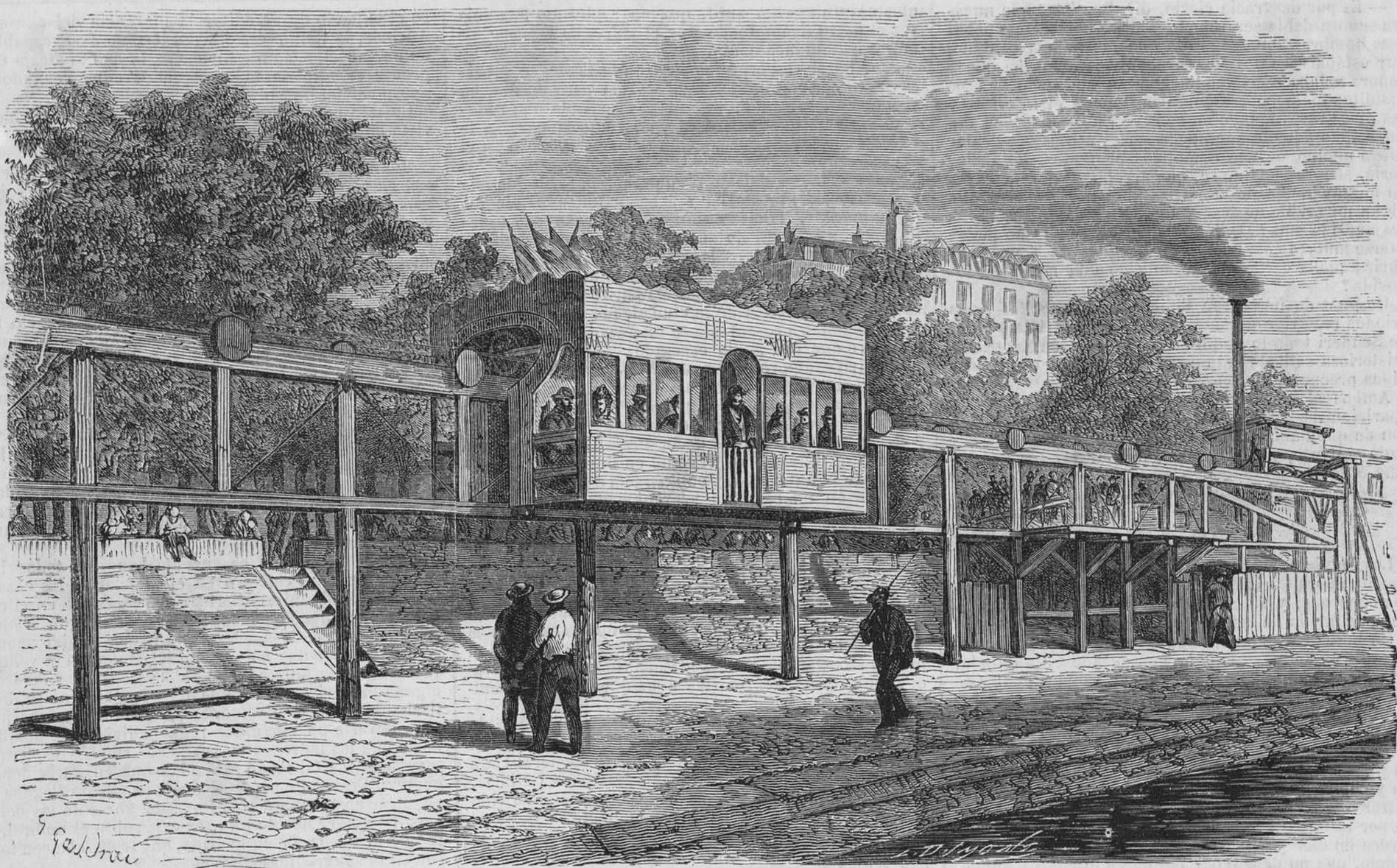
Una mañana se presenta al presidente la Reinie, pálido, alterado y fuera de sí.

— ¿Qué tenemos? exclamó el presidente. ¿Habeis por fin encontrado algun rastro?

— ¡Ah, monseñor! respondió Desgrais con rabia; anoche, cerca del Louvre, el marqués de la Fare ha sido atacado en mi presencia.

— ¡Cielo y tierra! dijo la Reinie con alegría; ya los tenemos.

— Despacio, señor, respondió Desgrais con una amarga sonrisa; oid lo que ha pasado. Me aposto junto al Louvre y velo lleno de coraje al ver que los demonios se están burlando de mí. Un hombre con pasos vacilantes y mirando hácia atrás con precaucion pasa por delante de mí y sigue su camino sin notarme: á la luz de la luna reconozco al marqués de la Fare: le espero porque sabia dónde iba. Apenas habia dado diez ó doce pasos cuando de repente un bulito que apareció junto á él como salido de las entrañas de la tierra, le derriba, y se arroja sobre el infeliz. Asombrado y lleno de estupor en aquel momento mismo en que podia apoderarme del asesino, lanzo un grito, me precipito sobre él, se me enreda la capa entre los piés, caigo, y aquel hombre empieza á correr como arrebatado por las alas del viento. Me levanto, emprendo la carrera en su seguimiento tocando un pito con todos mis pulmones: los silbidos de mis arqueros me contestan á lo lejos, todo se pone en movimiento, suena rumor de armas y caballos, y por to-



LYON. — Nuevo ferro-carril aéreo para el transporte de viajeros del puente Morand al parque de la Tête-d'Or.

das partes se escuchan los gritos de *¡Favor, favor! ¡Desgrais! ¡aquí, aquí!* Yo veo siempre á la luz de la luna á aquel hombre que corria delante de mí, y le sorprendo todos los medios que emplea para burlarme: llegamos á la calle de San Nicasio, sus fuerzas parece que le abandonan, yo siento entonces redoblarse las mias, ya solo me separan de él unos quince pasos...

— Entonces le alcanzais, os apoderais de él, llegan los arqueros, exclama la Reinie con los ojos brotando fuego y apretando el brazo de Desgrais como si este fuese el asesino fugitivo.

— A los quince pasos, continuó Desgrais con una voz sorda y casi sin poder respirar, aquel hombre da una vuelta de repente y desaparece por la pared.

— ¿Que desaparece?

— A través de la pared.

— Estais loco, dijo la Reinie retrocediendo dos pasos y golpeándose las manos.

— Llamadme loco, visionario, dijo Desgrais restregándose la frente como un hombre perseguido por funestos pensamientos. El hecho ha ocurrido tal como os lo acabo de referir. Yo me hallaba todavía como petrificado delante de la pared, cuando llegaron multitud de arqueros faltos de aliento; con ellos llegó también el marqués de la Fare, espada en mano: encendimos varias antorchas, golpeamos por todas partes el muro: ni la menor señal de puerta, ventana ó abertura. Es una recia muralla de mampostería contigua á una casa en la que viven personas contra las que no es lícito abrigar la menor sospecha. Sin embargo, hoy la he registrado minuciosamente; no hay duda, es el mismo diablo que se está burlando de nosotros.

La historia de Desgrais fué muy pronto pública en Paris; todas las cabezas estaban llenas de encantamientos, conjuros y pactos con el diablo celebrados por la Voisin, el Vigoroso y el famoso sacerdote llamado el Sabio.

Como segun las eternas leyes de nuestra naturaleza la inclinación á las creencias sobrenaturales á todo lo maravilloso nos subyuga, todo el mundo se persuadió al momento, como Desgrais lo habia dicho, de que el mismo diablo protegía á los miserables cuya alma sin duda habia comprado.

La narración de Desgrais fué, como es de suponer, embellecida extraordinariamente, llegando hasta á venderse en la esquina de cada calle un romance con

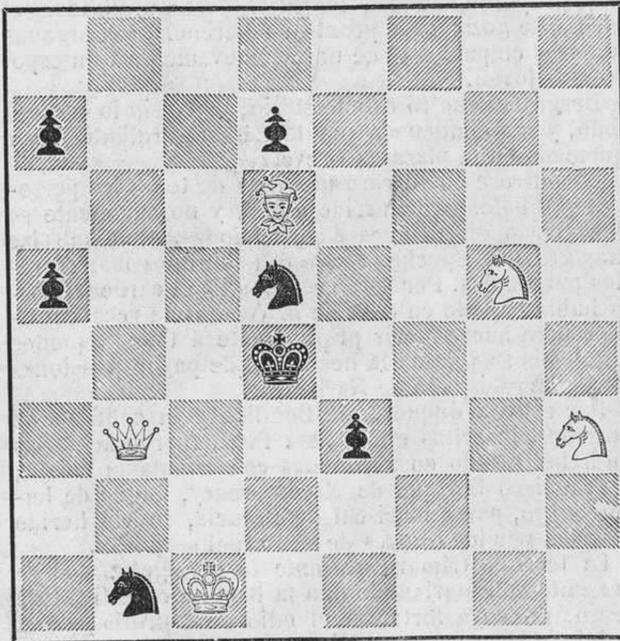
### Problemas de ajedrez.

Solucion del número 367.

- |   |                |                |   |            |      |                |
|---|----------------|----------------|---|------------|------|----------------|
| 1 | R <sup>a</sup> | 8 <sup>a</sup> | C | A          | toma | R <sup>a</sup> |
| 2 | C              | 3 <sup>a</sup> | T | R          | toma |                |
| 3 | T              | 4 <sup>a</sup> | T | jaque-mate |      |                |

PROBLEMA NÚMERO 368, POR J. DOBRUSKY.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

su correspondiente grabado en madera representando la imagen del diablo hundiéndose en la tierra á los ojos de Desgrais.

En una palabra, todo concurría á intimidar cada vez mas al pueblo, y hasta á los mismos arqueros, los cuales no cruzaban ya las calles durante la noche sino llenos de mucho miedo y cargados de reliquias rociadas con agua bendita.

D'Argenson, viendo que todos los esfuerzos de la Cámara ardiente eran inútiles, se presentó al rey rogándole que estableciese un nuevo tribunal investido de unos poderes todavía mucho mas amplios que el primero; pero el monarca, convencido de que la Cámara ardiente habia abusado de su autoridad fallando muchas veces segun el capricho de la Reinie, rechazó abiertamente la proposición que se le hacia. Para ver si se le podia hacer transigir con ella, recurrióse á otro medio.

Presentósele al rey en la casa de madama de Maintenon, donde acostumbraba pasar la siesta y despachar algunas veces con sus ministros hasta muy entrada la noche, una poesía en nombre de los amantes en peligro, que se quejaban de no poder cumplir con las leyes de la galantería yendo á ofrecer algun rico presente á sus queridas, sino á costa de su sangre. Segun ellos, podíase con orgullo y hasta con placer derramarla en un combate caballeresco por la mujer amada; pero ¿qué defensa habia contra las asechanzas de una cuadrilla de bandoleros que caian de improviso sobre su victima? Tocábale á Luis, al astro luminoso del amor y la galantería, el derramar su luz benéfica sobre aquella densa oscuridad, y el descubrir el sombrío misterio que encerraba.

El héroe divino que habia destrozado á sus enemigos debia esgrimir también hácia esta parte su acero victorioso, y así como Hércules habia combatido con la hidra de Lerna, y Teseo con el Minotauro, él debia pelear con aquel monstruo devastador que amargaba todos los gozes del amor y trocaba la dicha en un dolor profundo, en un duelo eterno.

A pesar de lo serio del asunto, la composición poética no carecia de ciertos rasgos ingeniosos y agudos, especialmente en los versos donde se describía á los pobres amantes deslizándose á hurtadillas de la casa de sus queridas, llenos de una cruel ansiedad que desvanecía y ahogaba toda impresion placentera producida por la mas galante aventura.

(Se continuará).